

SERVICIO SECRETO

MUERTE AL SOL

clark carrados





CLARK CARRADOS

MUERTE AL SOL

Col. SERVICIO SECRETO n.º 756
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 33496 - 1964
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1965

© CLARK CARRADOS - 1965
sobre el texto literario

© JOSE CURTIELLA - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965**

N. R. 6773/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
889 — El revólver en la mano.

En Colección SERVICIO SECRETO:
746 — La mujer y el diablo.

En Colección BUFALO:
582 — Contratado para matar.

En Colección CALIFORNIA:
431 — El comisario de hierro.

En Colección COLORADO:
363 — Una estrella sin mancha.

En Colección KANSAS:
330 — Signo $ ¡Muerte!

En Colección BRAVO OESTE:
199 — El fuego de la venganza.

En Colección PUNTO ROJO:
144 — Fórmula para matar.

En Colección SALVAJE TEXAS:
444 — El país de los tiros.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO
115 — ¡Señores del jurado!

En Colección ARCHIVO SECRETO:
41 — Tentáculos de muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:
295 — Una estrella de alquiler.

CAPÍTULO PRIMERO

Vista desde el aire, Raramaui parecía un enorme violoncelo verde, al que se hubiese desprovisto del mástil con las cuerdas y las clavijas y luego se hubiera arrojado al mar, de un azul deslumbrante, manchado de blanco en la línea de la costa, frecuentemente bordeada de arrecifes, contra los cuales rompían las olas que venían de muy lejos. Escorzando un poco la cabeza, Flash Del Río pudo captar la larga faja amarillenta que era la pista de aterrizaje, situada en la base del violoncelo, allá donde, por el sur, terminaba la Central Range, la ridícula cordillera que era el nervio y la espina dorsal de la isla y cuya cota máxima, el Blue Peak, (Pico Azul), no rebasaba los 450 metros.

La longitud total de la isla era de unas seis millas y su anchura, en la parte central, la más angosta, entre las orillas de las dos bahías que le conferían el característico aspecto de violoncelo, apenas si alcanzaba a las tres millas. Raramaui era una mota en la inmensidad del Pacífico, ni siquiera un insulto de mosca en los mapas y cartas marinas.

La isla aumentó de tamaño súbitamente, cuando el avión se zambulló en busca de la pista de aterrizaje. El aparato recibió dos o tres fuertes sacudidas, al chocar contra las corrientes de aire caliente que subían de las frondosas montañas centrales de Raramaui. La mano firme y hábil del piloto sujetó al pequeño bimotor, conduciéndolo derechamente a su destino.

Momentos después, el aparato rodaba por la pista. A medida que se acercaban al final de la misma, Del Río podía ver los grupos de nativos que esperaban al avión con alborozada impaciencia.

El aparató se detuvo al fin. El piloto cortó el gas y las hélices dejaron de girar.

—Se va a divertir en Raramaui —dijo el piloto displicentemente—. Yo no viviría aquí ni una semana, por todo el oro del mundo.

Del Río abrió la portezuela. Una fenomenal algarabía penetró al instante por el hueco.

—Por menos vuela usted dos veces al mes —gritó. Agarró su vieja maleta de cartón, atada con una cuerda deshilachada, se encasquetó el sudado sombrero de palma y saltó al suelo.

Los indígenas rodeaban el avión, que había venido a sustituir, para el transporte de mercancías que se necesitaban con cierta urgencia, a las goletas copreras, que solo atracaban en la Bahía del Este cada dos meses.

Ayudado por un par de hombres, que parecían tener alguna autoridad sobre los demás, el piloto abrió las escotillas de la pequeña sección de carga y empezó a sacar bultos, que eran puntualmente apilados en el suelo.

El griterío era ensordecedor. A pesar de los años, la llegada del aeroplano seguía constituyendo un espectáculo para los sencillos indígenas que habitaban en Raramaui. La mayoría de las conversaciones se hacían en el lenguaje casi común a todas las islas de los Mares del Sur, una rara mezcla de inglés y dialectos nativos, aderezada con algunas palabras francesas, sin que faltasen algunas viejas frases españolas y portuguesas, un endiablado *pidgin english,* terriblemente difícil de comprender.

Remolcando la maleta, se abrió paso entre los curiosos, soportando sus miradas con estoicismo. A pocos pasos, un grupo de hermosas muchachas, de tez canela, pelo y ojos negros y formas de sílfide, vestidas únicamente con los floreados *pareos,* que se enrollaban en su cuerpo del busto a la cintura, le contemplaban, cuchicheando y emitiendo agudas risitas. Se imaginó fácilmente los comentarios que hacían a cuenta suya y de su desastrada indumentaria. No era la primera vez, por lo que se encogió de hombros y siguió adelante.

Ya había estudiado un mapa de Raramaui antes de volar hacia la isla. Había dos aldeas, situadas ambas en el centro de las dos bahías; una, la mayor, la que podía llamarse capital, llevaba el propio nombre de la isla. La otra, mucho más pequeña, tenía un nombre adecuado a su tamaño: Ati. Él se dirigía, naturalmente, a Raramaui.

Sabía que tendría que cubrir a pie las dos millas y media que separaban la pista de Raramaui. Desprotegido por completo aquel aeródromo de fortuna, el sol caía a plomo, batiéndolo con unos rayos que parecían de plomo líquido. Pensó que en el hotel «Three Stars», el único alojamiento público de la isla, tendría la satisfacción de cambiarse de ropa y barrer el sudor que le envolvía como una segunda piel. A fin de evitar los demoledores efectos del sol en su vista, se colocó unas gafas de color.

Un poco más adelante divisó un «jeep» parado al borde de la pista. El auto estaba ocupado por una sola persona.

Era una mujer, joven y no fea, de aspecto rígido y severo. Vestía una especie de sombrero de paja color crema, con cinta de color azul oscuro y alas bastante anchas, lo suficiente para cubrir su frente y su nuca. Tenía el cabello castaño, tenso hacia atrás, en donde se recogía en un apretado nudo. El óvalo de su cara habría resultado más perfecto, a no ser por las gafas de montura negra, que le conferían el aspecto de una institutriz o secretaria comercial, aspecto al que contribuía no poco la blusa de seda blanca, de cuello y mangas cerrados, y la falda de color oscuro, que envolvían su esbelto cuerpo.

Era joven, unos veinticinco o veintiséis años. Permanecía tiesa en el

asiento, con las manos firmemente apoyadas en el volante. Al respirar, la doble curva del pecho abombaba el tejido de la blusa con firmes redondeces.

Del Río pasó por delante del «jeep» y se destocó cortésmente, en señal de saludo. Ella movió la cabeza apenas perceptiblemente, sin variar la impenetrable expresión de su rostro. Del Río observó entonces que sus facciones estaban totalmente limpias de maquillaje.

En aquel momento llegó el piloto, seguido por dos nativos, quienes portaban una caja, que depositaron en la parte trasera del «jeep». Del Río vio que la joven y el piloto entablaban una animada conversación, de aspecto confidencial. Los indígenas se habían retirado a un lado.

Continuó su camino. Al pie de la cordillera, que empezaba justo allí donde terminaba la pista de aterrizaje, estaba el camino que unía a las dos aldeas, trazando una curva semicircular de cinco millas de longitud, dado que el hallar un paso a través de la pequeña cordillera hubiera supuesto una inversión de tiempo y dinero que la economía isleña no estaba en condiciones de soportar. Camino y aeródromo procedían de veinte años atrás, cuando los japoneses primero y los americanos después, habían utilizado a Raramaui como portaaviones fijo y base de operaciones bélicas.

Los árboles daban sombra al camino y allí la temperatura era mucho más soportable. A poco, oyó el estruendo de los motores del avión que se disponía a despegar.

Mientras el avión rodaba por la pista, el «jeep» le alcanzó y pasó por su lado. La joven mantenía su misma postura severa, conduciendo el vehículo con fácil pericia. Las dos cintas que colgaban de la parte posterior de su sombrero ondeaban libremente al aire.

Terminada la diversión, los nativos emprendían el regreso a la aldea. Transportaban los bultos a brazo o en carretillas de mano, charlando y riendo con estrepitosa alegría. La vida en Raramaui era fácil, sencilla y amable.

De repente. Del Río vio que el «jeep» se paraba a unos cien metros de distancia. La joven que lo tripulaba se volvió y agitó una mano, como haciéndole señas de que se acercase a ella.

Del Río llegó junto al vehículo y se descubrió cortésmente.

—Suba, por favor —dijo la joven. Su voz era grave, de tonos de soprano, cálida y acogedora, aunque seguía sin sonreír—. He cometido un pecado imperdonable al pasar de largo sin ofrecerle un asiento en el coche.

Del Río colocó la maleta en la parte posterior, precisamente sobre la caja que había entregado el piloto a la joven. Luego se sentó junto a ella.

—Mil gracias, señorita —dijo—. Realmente, caminar con este calor no es muy agradable. Me llamo Flash Del Río.

—Lotta Carver —se presentó ella—. ¿Mejicano?

—Texas —respondió él brevemente. El «jeep» había arrancado ya y Del Río se estaba colocando un pitillo en la boca—. Descendiente de hispanos, en efecto, señorita Carver. ¿Un cigarrillo? —ofreció.

Lotta movió la cabeza, sin mirarle, atenta al control del «jeep».

—¿Objeto de su visita? —preguntó.

—Negocios.

—No hay mucho campo para los negocios en Raramaui, señor Del Rio —manifestó Lotta reposadamente—. Prácticamente, puede decirse que los únicos elementos para un intercambio comercial que existen en Raramaui son la copra y algo de coral, y todo está controlado por la *Sun Island Corporation.* Oh —añadió ella—, no es que seamos monopolísticos, pero tenemos la ventaja de llevar establecidos aquí muchos años, gozamos de la confianza de los nativos y, diciéndolo ya con cierta crudeza, Raramaui no es una isla tan grande que permita el establecimiento de dos empresas rivales. Ambas se arruinarían:

—Comprendo —murmuró Del Río—. He observado, sin embargo, que ha hablado usted en plural al referirse a la S. I. C. «No es que seamos monopolísticos...», ha dicho.

—Soy la directora del puesto comercial de Raramaui —respondió ella.

Del Río sonrió:

—Entonces, me gustaría ser el propietario de la S I. C. —dijo.

Lotta no hizo caso de la galantería.

—¿Cuándo se marchará usted, señor Del Río?

Él se Sorprendió.

—No entiendo —contestó.

—Ya le he dicho que *Sun Island* no es ningún monopolio de los productos de la isla —manifestó Lotta—. Pero habrían de pasar años y años antes de que los raramauinos acudiesen a su puesto comercial a venderle un saco de copra o cinco kilos de coral. La gente de aquí es conservadora, poco apegada a cambiar sus tradiciones —Lotta le dirigió una fugaz mirada —. No me califique de indiscreta... pero no me parece usted capaz de aguantar tantos años, apoyado en un mostrador vacío, a que llegue el primer indígena a establecer tratos con usted.

—Lo cual le hace deducir que, visto mi fracaso apenas llegado, habré de ir pensando ya en el regreso.

—Exactamente —Lotta hizo una corta pausa—. Tengo un embarque de copra listo. La goleta del capitán Johansson llegará dentro de diez días.

—Prefiero regresar en el avión. Es más rápido. Las goletas copreras huelen a demonios.

Lotta se encogió de hombros.

—A su gusto —dijo.

Ya entraban en la aldea, un conjunto de cabañas edificadas en forma

semicircular, en torno a la media luna de la playa de la Bahía del Este, entre las que destacaban algunos edificios de mejor apariencia, hechos con madera pintada en colores claros. Lotta Carver detuvo el «jeep» delante de uno de ellos, en cuyo frontispicio se leía un rótulo: «HOTEL THREE STARS». La leyenda estaba apoyada por una bandera azul, con tres estrellas de oro.

—Allí tiene usted el hotel —señaló la joven. Indicó otro edificio situado a cincuenta metros de distancia—. Si en algo puedo serle útil, acuda sin vacilar al puesto de la S. I. C.

—Muy amable, señorita Carver.

Del Río saltó al suelo y agarró el asa de su maleta. Al hacerlo, se fijó en las letras de la dirección del destinatario de la caja. El nombre era Mick Cadogan.

Levantó la vista.

—Gracias por haberme evitado una regular caminata, señorita —dijo —. ¿Podría hacerle ahora una pregunta?

—Por supuesto —contestó ella sombríamente.

—¿Oyó hablar alguna vez del profesor Hassewohl? Era muy amigo mío y hace años supe que estaba aquí, en Raramaui.

La joven calló durante unos momentos, mientras sus ojos grises estudiaban penetrantemente el rostro de Del Río.

—No, no he oído jamás semejante nombre —contestó, tras larga pausa —. He tenido mucho gusto, señor. Del Río.

Embragó y arrancó de nuevo. Del Río permaneció quieto en el mismo sitio, contemplando la breve carrera del «jeep», que se detuvo a los pocos segundos delante del edificio indicado por Lotta. Entonces, dos indígenas salieron de la casa y cargaron con la caja dirigida a Mick Cadogan.

Del Río lanzó un suspiro. Giró hacia su izquierda y se acercó al hotel.

CAPÍTULO II

Se quitó las gafas oscuras al penetrar en el sombreado vestíbulo del hotel, de suelo espejeante y muebles de mimbre, fresco y acogedor. Un par de ventiladores giraban lentamente, suspendidos del techo, agitando la quieta atmósfera del lugar.

Derrumbado sobre un sillón, divisó a un individuo que le pareció de unos cincuenta años, con barba de ocho días y ropas no muy limpias. Dormía roncando estrepitosamente, con el sombrero echado sobre los ojos y una mano colgando por fuera del sillón. En una mesita adjunta se veían cuatro o cinco botellas de cerveza, una de ellas a medio consumir todavía. El cenicero estaba lleno de colillas. Una humeaba.

Del Río frunció el ceño al observar el detalle. El tipo no dormía; fingía hacerlo, para observarle con más comodidad. Luego sonrió; la colilla le había delatado tanto como si estuviese mirándole con ojos abiertos de par en par.

Se acercó al mostrador y golpeó el timbre de percusión, para llamar la atención del recepcionista. Mientras esperaba, se puso otro pitillo en la boca.

Al otro lado del mostrador, había una puerta, con una cortina de abalorios. La cortina se agitó ruidosamente, cuando alguien cruzó a su través.

Era una mujer recia, de proporciones hombrunas, senos bolsudos y vastas caderas, de unos cuarenta años, bastante pintado el rostro y con un largo cigarro entre los dientes, varios de los cuales eran de oro. Sus ojos eran negros, de mirada perspicaz e inquisitiva. En las manos, regordetas y de uñas color de sangre, tenía al menos una docena de anillos de todos los tipos y tamaños. El vestido floreado que cubría su amplio torso parecía que iba a estallar en cualquier momento, precisamente por la parte superior, cada vez que respiraba.

—Hola —dijo, sin quitarse el cigarro de los dientes.

Del Río se tocó con dos dedos el ala del sombrero. Dio su nombre y añadió:

—Quiero una habitación, señora.

La mujer volvió hacia Del Río el libro de registro.

—Firme, señor Del Río. El precio de la habitación, comida y baño incluidos, son tres dólares diarios, pagaderos en cualquier moneda —Ella hablaba el inglés con fuerte acento y su tez tostada indicaba la mezcla de

sangres—. Yo soy Kaya-Tui, pero puede llamarme Kaya a secas, como lo hace todo el mundo.

—Gracias —contestó el joven. Firmó y luego, sacando del bolsillo un puñado de billetes arrugados, escogió unos cuantos y los depositó sobre el mostrador—. Ahí tiene, Kaya; le pago la pensión hasta dentro de quince días.

—¿Es que piensa estar solo dos semanas en la isla?

Del Río sonrió.

—Vine por motivos de negocios —contestó—, pero alguien me informó de que en esta isla, solo una Empresa puede tener vida. En consecuencia, me tomaré dos semanas de vacaciones y luego regresaré en el avión quincenal.

—¡Ah! —gruñó la mujer—. Bueno, para las vacaciones, Raramaui no está mal del todo. Ahora que, para negocios... —dejó la frase sin concluir y, volviéndose hacia el casillero, tomó una llave—. Primer piso, puerta siete, señor Del Río.

—Gracias, Kaya. —Del Río recogió la llave, se inclinó y asió la maleta. Dio un paso y de pronto se volvió hacia ella—. Kaya...

—¿Sí? —contestó la mujer, con un gruñido.

—Aparte de los negocios, pensaba hallar aquí a un viejo amigo, con el que hubiese charlado, después de años enteros de no vernos. Las últimas noticias que tengo son de que estaba en Raramaui. Se llama Hassewohl.

Kaya levantó los ojos hacia el ventilador que giraba casi encima del mostrador.

—¿Hassewohl? El nombre no me suena, señor Del Río —contestó por fin.

En aquel momento, los abalorios de la entrada se agitaron. Un hombre cruzó el umbral y se dirigió hacia el mostrador. Era un sujeto cuarentón, delgado, con un fino bigotito que sombreaba su labio superior y que vestía ropas claras, pero ajadas y sudadas por algunos puntos.

—Ah, señor Durand —exclamó Kaya—, tal vez pueda informar usted al señor Del Río acerca del amigo que anda buscando. Señor Del Río, el señor Durand, residente temporal en la isla.

Los dos hombres se saludaron brevemente, con sendas inclinaciones de cabeza. Del Río dijo:

—No es que yo busque a mí amigo, sino que me hubiese gustado verlo, caso de que todavía siguiera en la isla. Se llama, o se llamaba, Hassewohl.

Durand meditó unos segundos.

—No recuerdo ese nombre, lo cual no significa que no haya estado en Raramaui, señor Del Río —contestó al fin—. A veces vienen por aquí tipos raros, que pasan una temporada en la isla, sin que nadie sepa quiénes son ni qué hacen. Luego, un buen día, embarcan en la goleta del capitán

Johansson o, si tienen un poco de dinero, se marchan en el avión y ya no les volvemos a ver jamás. Yo también soy uno de esos —concluyó con una sonrisa.

—El hombre que digo yo tendrá ahora unos cincuenta años. En tiempos usaba barba, casi completamente negra, recortada por la parte de las mejillas —dijo Del Río.

Durand sacudió la cabeza.

—Mire, señor Del Río, yo no sé nada acerca de ese Hassewohl, pero quizá Mellon, el administrador de la isla o Huan-Tsu, puedan decirle algo. El edificio de la administración está a cien metros de aquí; ya verá sobre la puerta la bandera de las barras y las estrellas. Huan-Tsu tiene una tienda a dos pasos del edificio de la administración. Si esos dos hombres no le dicen nada, no se lo dirá nadie en la isla.

Del Río emitió una sonrisa.

—Bueno, en realidad, no es que me vuelva loco por ver a mí amigo —dijo—. Pero de haber estado en la isla, como yo creía que estaba, me hubiese gustado charlar con él, eso es todo. Muchas gracias, Kaya; señor Durand...

Levantó ligeramente el sombrero y se dirigió a la escalera, haciendo saltar la llave de su cuarto en la palma de la mano libre. Cuando llegó al rellano volvió la cabeza.

El hombre que dormitaba le estaba mirando por debajo del ala de su transpirado sombrero. Al darse cuenta de que Del Río le observaba, cerró rápidamente los ojos y continuó con la ficción de su sueño.

Del Río sonrió. Llegó a la puerta número 7, la abrió y cerró a continuación con doble vuelta de llave.

El cuarto tenía una apariencia modesta, pero estaba limpio y bien cuidado. La cama disponía de mosquitera y en el techo había un ventilador de largas palas, que Del Río echó a andar por medio del interruptor que había junto al de la luz. Se imaginó que la luz y la energía debían provenir de algún generador de gasolina, situado a prudente distancia, con el fin de que no molestase el ruido.

Se despojó de la chaqueta, que tiró sobre la cama. Desató la vieja cuerda y levantó la tapa de la maleta. Extrajo un arnés con un revólver calibre 38, que repasó maquinalmente, y luego dejó sobre las ropas de la maleta. Sacó una camisa limpia y una afeitadora eléctrica, pero antes de irse al cuarto de baño despegó la contratapa de la maleta y extrajo de la misma una fotografía de buen tamaño.

Contempló la imagen reflejada en la cartulina durante algunos momentos. Representaba a un hombre de unos cuarenta y cinco años, de mirada despierta y enérgica, con la barba negra que él había descrito y que, en un rostro ovalado, casi huesudo, le confería un aspecto lleno de

ascetismo, como los de los personajes de El Greco. Hacía ya seis años que se había impresionado aquella fotografía y cinco y medio que el profesor Hans Otto Hassewohl había desaparecido sin dejar rastro.

Pacientes investigaciones habían conducido, al fin, hasta Raramaui. En un principio, se había temido que Hassewohl hubiese traspasado el telón de acero, voluntaria u obligatoriamente. Luego, las informaciones de los agentes secretos situados al este de Alemania habían señalado que, positivamente, Hassewohl no había regresado a Europa.

El asunto hubiera permanecido en el más absoluto secreto a no ser porque, cinco años más tarde, un agente que se hallaba de vacaciones por los Mares del Sur, desembarcó en Raramaui con su esposa y un grupo de turistas. El agente se hizo numerosas fotografías: una de ellas, la clásica en una exhibición folklórica de danzas a cargo de lindas muchachas nativas. En la fotografía, a un costado y tras las chicas, aparecía el hombre más buscado por el Servicio Secreto.

Al menos, era uno que se le parecía mucho. Tenía la barba casi blanca y había engrosado enormemente. Hubo sus más y sus menos, y bastantes discusiones y peloteras entre los altos jefes del Servicio, hasta que, al fin. Flash Del Río fue encargado de comprobar la veracidad o falsedad de la historia.

Cinco años y medio, pensó, podían variar notablemente la apariencia de una persona. Podía tratarse de un error, debido a un exceso de celo; la imagen de Hans Otto Hassewohl, uno de los mejores químicos, especialistas en combustibles sólidos, era algo que todos los agentes del Servicio tenían ya tan incrustada en su mente como su propio nombre.

Devolvió la fotografía a su sitio y pegó meticulosamente la contratapa de la vieja maleta. Cuando se fue al baño, llevó consigo la pistola; no quería quedarse desarmado por un absurdo descuido. También había gente que sabía abrir las puertas cerradas con llave.

Permaneció en la habitación durante la mayor parte del resto del día. Sentado en una tumbona, contempló horas y horas el refulgente espectáculo de la Bahía del Este, cerrada a media milla por una barrera de arrecifes, que cortaban casi toda la fuerza del oleaje. A un tercio de su extremo meridional había una brecha de cien metros escasos de anchura; era el paso que utilizaban las goletas copleras para llegar al único muelle de la bahía.

Los indígenas iban y venían. Muchos se bañaban en la playa y jugaban alegremente. Otros se distraían con el *surf,* el clásico tablón que resbalaba sobre las olas, manteniéndose en equilibrio sobre aquella alargada superficie con una habilidad increíble. Había paz y calma en el ambiente, pero, sin saber por qué, Del Rio se dijo que su llegada había producido en Raramaui el efecto de una pedrada en las quietas aguas de un estanque.

Por el momento, sin embargo, apenas si se había producido la primera

onda circular. Se preguntó qué ocurriría a medida que las ondas fueran expandiéndose. El estanque era Raramaui y la piedra, sus preguntas sobre Hassewohl.

Tres personas le habían contestado negativamente. Ninguna sabía nada de Hassewohl. Quizá decían verdad, pero Del Río recordaba los largos segundos que había tardado Lotta Carver en darle una respuesta negativa. En aquellos momentos, le pareció que las palabras de la joven habían carecido de espontaneidad, pese a su indudable firmeza.

Por otra parte, estaba el nombre, de indudable erigen germano, como el profesor. Podía tratarse de una coincidencia, pero Del Río estaba habituado a no confiar en las coincidencias.

A media tarde vio a un nativo que transportaba sobre una carretilla con ruedas de goma la caja destinada a Mick Cadogan. El isleño se detuvo a la puerta del hotel, tomó la caja y desapareció en su interior.

Del Río se preguntó por qué la caja había ido primero al puesto comercial de la S. I. C., si luego tenía que volver al hotel. Sería interesante, especuló, conocer al tal Mick Cadogan. Y mucho más aún, el contenido de la caja.

A la noche, bajó al comedor y cenó. Después se fue a la cama.

CAPÍTULO III

Douglas Mellon era el administrador de Raramaui, en nombre de los Estados Unidos. Era un sujeto de mediana edad, amargado por hallarse en aquel lugar donde no existía otra distracción que el *whisky*, la cerveza o algún fugaz y ocasional encuentro con alguna linda y complaciente isleña. Mellon se sentía resentido por la preterición de que se creía objeto; ciertamente, podía decirse que era la máxima autoridad de la isla, pero, en la realidad, solo mandaba en un hombre, Jess McDoan, el especialista que manejaba la pequeña emisora de radio, por medio de la cual Raramaui se comunicaba con el mundo, y que asimismo se hallaba adscrito a la administración de la isla.

La amargura y la frustración se reflejaban en los saltones ojos de Mellon cuando recibió a la mañana siguiente a Del Río. Este no quiso exponer por el momento todas sus cartas; se limitó a ofrecerle sus respetos, añadiendo que se presentaba a él, en su calidad de primera autoridad de la isla. Los halagos no parecieron causar impresión en el melancólico rostro de Mellon, quien, por otra parte, pareció lamentar el error de Del Río al haber intentado establecerse en Raramaui.

Del Río emitió una sonrisa circunstancial.

—Bien, habré perdido unos dólares, pero habré ganado dos semanas de vacaciones —contestó.

Mellon le miró de arriba abajo. La vestimenta de Del Río no predisponía a creerle el potentado capaz de fundar un negocio y de competir con la S. I. C. con medianas posibilidades de éxito. A veces, algún despistado caía sobre la isla, pretendiendo contratar a los nativos para que le recogiesen ostras perlíferas por cuatro centavos. Las únicas perlas que había eran las falsas de la tienda de Huan-Tsu y valían un dólar las dos docenas, aunque si uno se esforzaba mucho, agregaba seis más por el mismo precio, sobre todo si el cliente era una isleña joven y de formas redondeadas.

Tal vez Del Río había recalado en Raramaui pretendiendo comprar copra y coral, pero, en realidad, buscando perlas. Si esto era así, vigilaría que, efectivamente, se fuese en el avión quincenal. El, personalmente, se encargaría de ponerlo al pie de la portezuela.

—Raramaui es ideal para dos semanas —dijo Mellon—. Un día más y uno siente que el hastío le invade de la cabeza a los pies.

—Es posible —convino Del Río con amplia sonrisa—. Lo único que

siento es que en tan poco tiempo, apenas si lo tendré de hacer amistades. Aunque tal vez me encuentre aquí con un viejo amigo, un tal Hassewohl.

—No he oído jamás ese nombre, señor Del Río —manifestó el administrador.

—Era un tipo inquieto. No podía estar demasiado tiempo en un mismo sitio. Se habrá largado ya. Bueno —Del Río se puso en pie y recogió su arrugado sombrero—, buscaré distracción por otro sitio.

—Tenga cuidado con las isleñas —recomendó Mellon—. Son muy acogedoras, pero los varones se sienten celosos de todos los blancos. —pronunció la última palabra con el consciente orgullo de quien, por el color de su piel, pertenece a una raza superior, a la cual deben mostrar acatamiento todas las demás.

Del Río comprendió los sentimientos de Mellon. El administrador se sentía como un dios protector en medio de los isleños, pero estos eran pocos en número para adorarle. A Mellon, especuló, le hubiera gustado reinar sobre una isla como Australia, llena de nativos que humillasen la frente en el polvo ante él, todos los días a la salida y a la puesta del sol. Gobernar una mancha de mosca en el mapa, con quinientos o seiscientos habitantes tan solo, era un deshonor para un hombre de tan elevadas dotes como él.

Así debía pensar el administrador, se dijo, cuando se ponía un cigarrillo entre los dientes, fuera ya del despacho. Mellon era un hombre vano, vacuo e hinchado como una pompa de jabón. El Servicio había hecho bien en no confiarle el asunto Hassewohl. Lo habría echado todo a perder a los cinco minutos de recibido el mensaje.

Caminó indolentemente en dirección a la tienda de Huan-Tsu. Antes de llegar a ella, tenía que pasar ante el edificio de la *Sun Island Corporation.*

—«Sociedad de la Isla del Sol» —deletreó el rótulo que lucía sobre el borde de la marquesina de la veranda—. Copra. Coral. Un negocio típico.

Salía un indígena, el cual saltó al suelo ágilmente. Casi en el acto, la severa imagen de Lotta Carver se dejó ver en el hueco de la puerta.

—Nau-Ti, haz el favor de ir al hotel y decir al señor Cadogan que llevo casi una hora esperándole —exclamó la joven.

—Sí, señorita —contestó el isleño. Se alejó, batiendo palmas y canturreando algo monótono.

Los ojos de Lotta se fijaron en Del Río. Este se quitó el sombrero.

—Buenos días, señorita Carver.

Ella le dirigió una fría inclinación de cabeza. Del Río se percató entonces de que la estatura de la joven era superior a lo normal. Pero no parecía una mujer larguirucha; antes al contrario, su esbeltez, su firme esbeltez, resaltaba precisamente por su estatura. El cabello aparecía austeramente recogido con el mismo peinado de la tarde anterior. Su

vestimenta era inmaculada, rígidamente planchada, sin una arruga. Pese al calor que se abatía sobre Raramaui, el sector de las axilas permanecía limpio, sin señal alguna de sudor. Lotta giró sobre sus talones y penetró de nuevo en la oficina.

Siguió su camino. La tienda de Huan-Tsu estaba a veinte metros escasos. Apartó la clásica cortina de abalorios y penetró en el local.

Había dos isleñas, mujeres maduras, eligiendo lelas floreadas de un variado muestrario que les enseñaba el dueño de la tienda. Era un chino que lo mismo podía tener treinta que cincuenta años, delgado, de mediana estatura, cuya paciencia y sonrisas eran inalterables. Las isleñas habían perdido ya la gracia y la esbeltez de la juventud; eran matronas que habían dejado muy atrás sus años floridos. Reían y charlaban continuamente, mientras, sentado indolentemente sobre un rollo de cuerdas, un nativo, sin duda el esposo de una de ellas, dormitaba indiferente al parloteo de las mujeres.

Del Rio se apoyó en el extremo del mostrador, con el pitillo colgado de los labios. La conversación se celebraba en una horrenda mezcla de inglés, nativo y chino. Las isleñas no hacían más que revolver las telas, lanzando continuas risitas, que Huan-Tsu coreaba cortésmente.

Al cabo de un cuarto de hora, las dos mujeres y el hombre se marcharon. Entonces, Huan-Tsu se acercó a Del Río.

—Tengo mucho gusto en conocerle, señor Del Río —dijo, haciéndole una profunda reverencia—. Y mi placer será aún mayor si halla algo en mi humilde tienda que pueda servirle.

Del Río sonrió.

—La velocidad de propagación de las noticias en Raramaui es sorprendente —comentó.

—Ray Darrell no trae siempre pasajeros en su avión —respondió Huan-Tsu con su inseparable sonrisa—. Y cada vez que llega un forastero, se aloja en el «Three Stars». Su nombre, a los cinco minutos, corre de boca en boca desde Raramaui a Ati.

—Elemental, querido Watson, como decía el gran Sherlock Holmes —rio el agente—. También sabrá, supongo, de mi fracaso.

Huan-Tsu enarcó cortésmente las cejas.

—¿Fracaso?

Del Río suspiró.

—Alguien me engañó, diciéndome que había muchas oportunidades en Raramaui. La S. I. C. tiene acaparado el comercio de copra y coral, y usted el único, y floreciente, abarrote de la isla, así que, ¿qué puedo hacer yo para competir con ambos? Marcharme cuando vuelva Darrell, claro.

—Lamento no poder tenerle como competidor —dijo Huan-Tsu—. Tal vez, de este modo, el ambiente de Raramaui se animase un poco más. Si no

es por la radio de Tahití, nos moriríamos de aburrimiento.

Del Río paseó la vista por el local. Telas, esteras, baratijas, maquinillas de afeitar, latas de conservas, receptores de radio a transistores *made in Hong-Kong* y *made in Japan,* además de algunos otros variados artículos, componían las existencias de la tienda. Apoyado con ambas manos sobre el mostrador, Huan-Tsu esperó cortésmente a que Del Río hablase de nuevo.

—Bien —dijo Del Río—, al menos, ya que no puedo convertirme en su competidor, seré su cliente. Necesito cigarrillos.

—Americanos, por supuesto —dijo el chino.

Le entregó un cartón. Del Río abonó su importe.

—En lugar de trabajar, haré vacaciones —sonrió.

—Así adquirirá fuerzas para emprender un nuevo negocio en otra parte —sugirió Huan-Tsu.

—Claro. Pero hacerlo solo... Había contado con encontrar aquí a un viejo amigo, un tal Hassewohl. Me dijeron que quizá usted podría indicarme algo sobre él.

Huan-Tsu meneó lentamente la cabeza.

—No le conozco, señor Del Río —manifestó—. Y la isla no es muy grande para que un hombre con ese apellido pase inadvertido.

—Quizá se lo cambió —sugirió Del Río—. Aunque ya era algo maduro, poseía un cierto atractivo para las damas. De cuando en cuando tenía que salir corriendo para evitar la cólera de algún marido celoso o las represalias de alguna dama engañada. La barba negra que usaba le confería un aspecto realmente atractivo a los ojos de las mujeres, claro.

—En Raramaui la barba da calor —dijo Huan-Tsu.

—Lo supongo —contestó el joven—. En fin, he tenido mucho gusto en conocerle. Hasta la vista, Huan-Tsu.

—Le deseo unas felices vacaciones, señor Del Río —manifestó el chino en tono lleno de cordialidad.

Del Río salió y se puso las gafas negras. Encendió un cigarrillo, en el momento en que un sujeto caminaba por la calle en dirección al edificio de la S. I. C. Era el mismo que le había estado espiando la tarde anterior en el momento de su llegada.

Ahora podía verle claramente. Llevaba el sombrero echado hacia atrás y su frente quedaba al descubierto en un buen trecho, mostrando el nacimiento de un cráneo brillante y pulido, a ambos lados del cual, sin embargo, crecía el cabello con singular profusión, pero ya en tonos casi blancos. Sus mejillas pendían laciamente, en grandes bolsas fofas, pellejudas, y sus ojos carecían de firmeza. Los pasos que daba carecían de seguridad.

Era el clásico espécimen del blanco que se afinca en una isla de los Mares del Sur y degenera lentamente a causa de la bebida. Al pasar frente a

Del Río le dirigió una vacua mirada, carente de interés. Luego continuó su irregular camino y acabó desapareciendo en el interior del edificio de la S. I. C., no sin pelearse furibundamente con los peldaños de la escalera, que se resistían con singular tenacidad a colocarse adecuadamente bajo sus pies.

Del Río sacó las cerillas, sujetando el cartón de tabaco con el brazo contra el costado. Prendió fuego al cigarrillo y en el mismo momento oyó una voz:

—No volver cabeza. Seguir así.

Del Río continuó su labor, como si no hubiera oído nada.

—Usted buscar Hassewohl. Yo decir por cien dólares.

—¿Quién eres? —preguntó Del Río entre dientes.

—Billy. Ese no ser mi nombre, pero todos llamar así. ¿Cien dólares?

—Trato hecho. ¿Quién es Hassewohl?

—Aquí, no; aquí haber mucha gente. A la noche, en «El Llanto de la Luna». Una milla hacia el oeste, en la selva. Sitio seguro. Hablar si llevar cien dólares. Seguir usted ahora. Adiós.

El joven tiró la cerilla al suelo, la pisó con el tacón y descendió lentamente los peldaños que separaban el suelo de la veranda del arroyo polvoriento. Veinte metros más allá volvió la cabeza.

La veranda estaba desierta. Del Río se preguntó quién sería Billy.

Se encogió de hombros. Si le daba una buena información sobre Hassewohl, ¿qué diablos importaba quién pudiera ser el isleño con nombre inglés?

CAPÍTULO IV

El «Three Stars» tenía una buena cualidad: Su cocina. Y la escasez de clientes, que permitía un rápido servicio y una concentración total del comensal en saborear la exquisitez de los platos que servía un isleño llamado Anaka, diligente y discreto.

Durand cenaba en una mesa situada en el lado opuesto. A Mellon, según había oído, se la servían directamente en su alojamiento. El orgulloso administrador no era partidario, por lo visto, de la «confraternización» con los escalones inferiores del pueblo.

Lotta Carver debía pensar de la misma manera. Tampoco estaba en el comedor. En cuanto al borracho que le había vigilado el día de su llegada, no había hecho aún acto de presencia.

Un hombre entró a poco. Era joven, de aspecto desgalichado y ademanes un tanto amanerados. Se detuvo un instante bajo el dintel y luego se encaminó hacia la mesa del agente.

—Del Río, supongo —dijo.

—El mismo —contestó el joven—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias. Soy McDoan, el radiotelegrafista de esta maldita isla, de la que ignoro por qué diablos no fue usada como polígono de experiencias nucleares —el hombre hablaba irritadamente—. Mi trabajo es descansado, pero odio la isla y el mar. ¿Usted no, Del Río?

—A medias —sonrió el aludido—. ¿No se sienta? —insistió.

McDoan hizo una mueca.

—Cenaré más tarde, gracias. Solo quería conocer al hombre que intentaba establecer un negocio en esta mancha de mosca en el mapa.

—Estará satisfecho, supongo, McDoan.

—Sí. Y todo porque no tiene usted aspecto de chiflado. Claro que, a veces, las chifladuras están quietas, dentro de uno, y de pronto, ¡paf! estallan como una bomba y salpican a cuantos están cerca. A mí me pasará cualquier día una cosa de esas; pondré una bomba en la estación de radio y me sentaré encima, a ver hasta dónde subo. Bueno, amigo, que aproveche.

McDoan giró y se marchó con su paso desgarbado. Del Río se preguntó por qué hombres como Mellon y el operador de radio no sabían adaptarse a la plácida vida isleña. Él se hubiera acomodado de muy buena gana. Gastos mínimos, trabajo prácticamente nulo, calor todo el año, arena, mar, espumas, susurro de la brisa... ¿Qué más podía pedir un hombre sin ambiciones? Pero Mellon y McDoan echaban terriblemente de menos el

olor a gasolina de las grandes ciudades, y aunque les hiciesen millonarios por sus sueldos, vivirían siempre descontentos y amargados.

Cuando terminaba de cenar, se le acercó la dueña.

—¿Qué tal la cena?

—Magnífica, Kaya. Felicite a la cocinera.

—Me alegro que le haya gustado. Mi hotel no tiene grandes pretensiones, pero, al menos, nos esmeramos en servir a los clientes. ¿Cómo van sus vacaciones?

—Tranquilas, aunque aburridas —contestó Del Río.

—Estando solo, tienen que ser aburridas. Aunque también uno puede buscarse alguna distracción.

—¿Femenina? —preguntó él intencionadamente.

Kaya se echó a reír y su enorme pecho se agitó como una gran bolsa de manteca derretida.

—No me refería a eso —dijo—. Las chicas de aquí son hermosas, pero ofrecen el inconveniente de cualquier chica civilizada; en cuanto uno les dice una palabrita dulce, le atrapan para casarse con él. No creo que sea esa la clase de diversión que usted querría para sus vacaciones, ¿verdad?

—Por supuesto —Del Río acompañó a la mujer en sus risas.

—Raramaui tiene puntos dignos de contemplar Vaya al «Chorro del Diablo» durante el día; está en el promontorio norte de la bahía. Es un espectáculo que le agradará. Por la noche, y en especial si hay luna llena, como hoy, «El Llanto de la Luna», es el sitio indicado. Está a una milla al oeste. Siga el arroyo; no se perderá, señor Del Río.

El agente disimuló la sorpresa que le causaban las palabras de Kaya, que coincidían exactamente con las que había pronunciado Billy.

—Seguiré su consejo, Kaya —prometió.

—No se arrepentirá —aseguró la dueña del hotel. Anaka se acercó en aquel momento.

—¿Señora?

—¿Qué hay, Anaka? —preguntó ella, mordiendo el extremo del inseparable cigarro.

—Señor Vorsohn estar en su despacho. Querer hablar urgente.

—Bien, dile que ahora mismo voy.

—Sí, señora.

Kaya se quitó el cigarro de la boca durante un segundo.

—Bueno, amigo Del Río, dispénseme. Ya me dirá mañana qué le ha parecido «El Llanto de la Luna». Le diría su nombre en el idioma de los isleños, pero es terriblemente largo y complicado. Así queda mejor y usted lo entiende perfectamente.

—Claro —contestó Del Río—. Esta noche sin falta iré a ver ese monumento de la naturaleza.

Kaya se alejó, con gran balanceo de sus amplias caderas. El joven encendió un cigarrillo, y lo saboreó lentamente.

Durand se marchó a poco, después de dirigirle un cortés saludo. Anaka empezó a recoger el servicio.

Del Río salió a la veranda y se sentó en una tumbona. El rumor de los arrecifes llegaba hasta su oído, envuelto en rachas de brisa impregnada de sales marinas. La luna convertía el mar en una llanura de plata, que centelleaba incesantemente por miles de puntos a la vez.

Se preguntó si el consejo de Kaya tenía alguna relación con la cita de Billy. Podría tratarse de una simple coincidencia; no conocía a ningún dueño de hotel que no recomendase a sus clientes la visita a tal o cual punto de interés turístico. Si Kaya sabía algo respecto a Billy, lo había encubierto muy bien, hablándole primeramente del «Chorro del Diablo». En todo caso, la sugerencia de la dueña del «Three Stars» no hacía sino avivar su interés por conocer «El Llanto de la Luna»... y entrevistarse con el isleño.

Dejó pasar una hora larga. Raramaui estaba sumida en un silencio absoluto, apenas turbado por el distante rumor de las rompientes. Entonces se levantó y se dirigió hacia la salida de la aldea.

A poco encontró el arroyo, que se salvaba por medio de un puente de vigas y troncos. Era la única fuente de suministro de agua potable de la isla; quizá por la misma razón, Ati, la otra aldea, era tan pequeña, dado que sus moradores debían realizar un penoso desplazamiento de casi diez millas para llenar sus recipientes de líquido potable.

Caminó lentamente, sin prisas, siguiendo el rumoroso curso de la comente de agua, sobre la cual incidían de cuando en cuando los rayos lunares, al lograr traspasar algún hueco en la bóveda de verdor que se alzaba sobre su cabeza. Aquella luz, sin embargo, era suficiente para que pudiese caminar con toda tranquilidad.

Tres cuartos de hora más tarde comprendió las causas del nombre aplicado al lugar. En medio de la selva, en un amplio claro, una cascada de hilos de plata se desplomaba desde veinte metros de altura, cayendo sobre un amplio estanque de roca. Era una pequeña catarata que no tendría más allá de dos metros de anchura. Numerosos saledizos de roca puntiaguda rompían la continuidad de la catarata, provocando así un sinfín de chorros de líquido que, al ser heridos por la luz del satélite, justificaban el poético nombre que los isleños habían aplicado al lugar.

El estanque medía unos quince metros de anchura y era de forma aproximadamente semicircular. Una brecha abierta en el lado opuesto al de caída permitía el desagüe del líquido sobrante, que corría a lo largo de un lecho excavado durante siglos hacia el mar.

Los indígenas habían despejado el claro en un amplio espacio en torno al estanque. El suelo estaba cubierto de una fina capa de césped. En los

extremos se divisaban numerosos arbustos, cuyas flores aparecían cerradas en espera de la vivificante luz del sol.

Avanzó unos pasos, sintiendo en sus oídos el fragor de la catarata. De cuando en cuando, una racha de viento le arrojaba a la cara un chorro de agua finamente pulverizada. Le extrañó no encontrar a Billy.

Dio la vuelta al estanque, formado por un parapeto rocoso de más de un metro de grosor, por otro tanto de alto. Se imaginó a las isleñas bañándose con gran alborozo de gritos y risas; para una diversión semejante era el lugar ideal. De pronto, divisó un cuerpo tendido en el suelo.

Su primer gesto fue desenfundar el revólver por vía de precaución. Luego retiró la mano del interior de la chaqueta, pensando en que tal vez Billy, cansado de esperar, se había tendido a descabezar un sueñecillo.

Se acercó al supuesto durmiente. Entonces vio el mango del cuchillo que sobresalía del centro del pecho del isleño.

Dominó la impresión que le producía la contemplación del puñal. Respiró fuerte durante algunos segundos y luego, rehaciéndose, se arrodilló al lado del caído.

Puso dos dedos en la carótida. No había pulso. La piel estaba menos que tibia, aunque sin llegar a fría todavía. La muerte de Billy databa de media hora, como máximo.

La deducción que hizo brotó en su cerebro espontáneamente: Había alguien interesado en que Billy no hablase. Y si el que fuera, no quería que Billy hablara, ello se debía solamente a un motivo: Hassewohl estaba en Raramaui.

Permaneció durante unos minutos en la misma posición, reflexionando acerca del suceso. La sangre había dejado ya de correr y se coagulaba en el desnudo pecho de Billy. De súbito, vio que la mano derecha del isleño estaba crispada como si sujetase algo.

Separó los dedos y encontró un fragmento de papel. Tuvo la sensación de que Billy había escrito algo... acaso para no entretenerse demasiado; hablar con él, recoger los cien dólares, entregarle el papel con la información y escapar a renglón seguido. Pero el asesino se había llevado la nota escrita, aunque se había dejado un fragmento entre los agarrotados dedos de su víctima.

Divisó unas letras escritas, pero la luz de la luna, pese a su intensidad, no era suficiente para descifrarlas. Cuando se disponía a encender una cerilla para leer aquel fragmento de escritura, oyó ruido de pasos.

Dio un salto hacia adelante y se escondió tras una roca, junto al muro de contención del estanque, asomando la cabeza solo lo justo para poder ver el sitio donde yacía el cadáver del isleño.

Crujió un matorral. Una silueta humana apareció ante su vista. Distinguió una camisa blanca y unos pantalones oscuros. El recién llegado

casi se tropezó con el cuerpo tendido en el suelo.

Sonó un ahogado gemido. Del Río sufrió un fuerte sobresalto.

¡Era Lotta Carver!

CAPÍTULO V

La joven permanecía inmóvil por completo, como si sus pies hubiesen echado raíces súbitamente en el suelo. Del Río guardó en el bolsillo el fragmento de papel y salió de su escondite.

—¡Hola! —dijo tranquilamente.

Lotta exhaló un grito de susto y retrocedió dos pasos, con los ojos desorbitados por el horror.

—No tema —siguió Del Río—, no pienso causarle el menor daño. ¿Lo conoce usted? —preguntó, señalando al cadáver con la cabeza.

Ella movió la suya temerosamente.

—Sí... Es... Era un nativo llamado Billy... Usted ha...

—No —rechazó Del Río—. No hace ni diez minutos que he llegado aquí. Y ya estaba muerto. Puedo jurarlo.

Lotta parecía recobrarse de la doble impresión sufrida en unos instantes.

—Separémonos de aquí, por favor —rogó.

—A su gusto. Vamos al otro lado.

Contornearon el muro del estanque. El agua caía ahora a contra-luna y el efecto era doblemente hermoso. Parecía que cayera de lo alto una catarata de diamantes.

—¿Conocía usted al isleño? —preguntó Del Río, al tiempo que sacaba un paquete de tabaco.

—Sí. Era un muchacho muy bueno, atento y servicial —la voz de Lotta temblaba todavía—. No me imagino quién... quién ha podido asesinarle.

Del Río encendió un fósforo. El rostro de Lotta surgió de la oscuridad un momento, alumbrado por la llama de la cerilla.

—Acaso un marido enojado —apuntó—. Una cita aquí, en el estanque... el marido que llega en el momento menos oportuno y... ¿Se imagina el resto?

Elia exhaló el humo. Sacudió la cabeza.

—No. Billy no era de esa clase, señor Del Río. Por otra parte, el género de delito que usted acaba de citar es prácticamente desconocido en Raramaui.

—Entonces, no sé por qué habrán querido apuñalarle. ¿Era rico?

—No. Hay muy pocos isleños a quienes pueda aplicarse semejante calificativo y su fortuna no llega, ni de lejos, a la de un europeo medianamente acomodado. Por otra parte, en Raramaui el dinero apenas

sirve más que para comprar lo elemental.

—Lo cual me sugiere la idea de que la muerte de Billy se debe a otros motivos, cuyo significado no alcanzamos a descifrar por el momento —dijo Del Río con toda intención.

—Tal vez —convino ella nerviosamente.

—¿Qué hacía usted aquí?

Del Río disparó la pregunta bruscamente, con ánimo de sorprenderla. Pero Lotta ya se había rehecho.

—¿No cree que yo también podría hacerle la misma pregunta? —exclamó.

—Kaya me recomendó una visita nocturna a este lugar —respondió Del Río—. Por lo visto, es visita obligada para todos los turistas. Llegué aquí y me tropecé con el fiambre.

—¡Por favor! —dijo ella con voz crispada—. No hable en ese tono de un pobre muchacho que, sobre todo, fue una buena persona.

La opinión que tenía el joven de Billy era muy distinta, pero prefirió no contradecir a Lotta.

—¿También usted quiso admirar «El Llanto de la Luna»? —inquirió.

—Suelo venir muchas noches, en el plenilunio, por supuesto —declaró la joven.

«No suelta prenda», pensó Del Río. Y lo peor era que no podía presionarla para que hablase. Tenía la sensación de que Lotta Carver sabía más, mucho más de lo que aparentaba, pero por el momento se sentía impotente para forzarla a hablar como a él le habría gustado.

—¿Qué hará ahora? —preguntó.

—No le entiendo —respondió ella.

—Hay un cadáver.

Lotta vaciló.

—Si no quiere verse implicada en este desagradable asunto, yo callaré también —dijo Del Río, con ánimo de estudiar la reacción de la joven ante su protesta.

—No sé —murmuró ella, todavía irresoluta—. Creo que obramos mal, silenciando esta muerte.

—¿Quién se encargará de las pesquisas, en caso necesario?

—Mellon, el administrador.

—¿Tiene algún policía?

—No, no hay en Raramaui. Nunca se han necesitado.

—¡Qué paraíso! —suspiró él—. Bueno, ni usted ni yo tenemos deseo alguno de vemos complicados en este monumental jaleo. Así que lo mejor será regresar a la aldea, acostarse y hacer como que no sabemos nada. ¿Hay médico?

—No. Si se presenta algún caso especialmente urgente, lo trae Darrell

en su avioneta.

—Eso nos facilita las cosas —dijo Del Río—, puesto que el cadáver de Billy será descubierto mañana por las mujeres, cuando vengan a bañarse. Entonces ya estará frío y, sin forense, resultará imposible precisar la hora aproximada de su muerte.

—Comprendo —repuso Lotta—. Sin embargo, no me gustaría que nos vieran regresar juntos. La mayoría están durmiendo, pero siempre hay algún curioso.

—Desde luego. Bueno, váyase usted; yo me quedaré aquí cosa de media hora todavía.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Carver.

La muchacha se alejó. Bajo la luz de la luna, su silueta parecía doblemente esbelta, gracias a los pantalones oscuros que habían sustituido a la falda. Desapareció de su vista en pocos segundos.

Se colocó un cigarrillo entre los labios con gesto meditabundo. Lotta o era sincera o una hábil comediante. Si tenía que trabajar al día siguiente, no era la hora más adecuada para visitar el lugar a la luz de la luna, máxime si se tenía en cuenta que ya había estado otras veces allí. Lo más lógico parecía que hubiera ido después de cenar, dando un paseo para hacer tiempo de irse a dormir, y no cerca de la medianoche.

¿A qué había ido a la cascada? ¿Le espiaba?

Inhaló el humo sin acabar de dar con una idea satisfactoria. De todas formas, se dijo, tenía una pista; el fragmento de papel que Billy había retenido entre sus dedos.

Metió la mano en el bolsillo y lo extrajo. Luego sacó los fósforos y encendió uno.

Hoyo del Tru... leyó. No había más letras ni tuvo tampoco tiempo de hacer deducción alguna sobre el significado de aquellas diez letras.

Algo crujió a sus espaldas.

Se volvió, soltando todo; papel, cigarrillo y fósforos. Un objeto duro le golpeó en la frente.

La luna se descompuso súbitamente en mil pedazos, mientras caía de espaldas. Su cuerpo chocó violentamente contra la hierba.

A pesar de todo, no había perdido el conocimiento. Su mirada estaba desenfocada, lo cual no le impidió divisar en la mano de su atacante un objeto que despedía siniestros reflejos.

Comprendió que su vida dependía de un hilo. El atacante había querido desmayarle primero, temeroso sin duda de fallar su puñalada. Una vez sin conocimiento, el resto habría llegado con suma facilidad. Pero el ruido que había hecho al salir bruscamente de los matorrales tras los cuales había estado escondido, le había delatado, haciéndole errar el primer ataque.

El asesino se le arrojó encima. Del Río encogió las piernas y las disparó violentamente, alcanzando el bajo vientre de su antagonista. Sonó un gruñido de dolor y el sujeto rodó por el suelo.

Del Río notó que se recobraba. En modo alguno tenía deseos de que le rajasen el vientre hasta la garganta. Sacó la pistola y amenazó al sujeto, que ya se levantaba de nuevo.

—¡Tira ese cuchillo o te abraso! —le intimó.

El hombre se quedó parado durante unos instantes. Daba la espalda a la luna, por lo que su rostro quedaba completamente en sombras. De repente, movió el brazo y arrojó el cuchillo contra el agente.

Del Río se ladeó. El acero silbó peligrosamente junto a su hombro y fue a hincarse en el tronco de un árbol próximo. Levantó la mano para disparar contra su atacante, pero este dio un salto gigantesco y desapareció entre la maleza, antes de que el sorprendido Del Río hubiese podido apretar el gatillo.

Del Río desamartilló el revólver, decepcionado por el pequeño fracaso, aunque contento por haber salvado la vida. A fin de cuentas, se dijo, Raramaui no era muy grande y un día u otro, el asesino y él acabarían por volver a encontrarse.

El trocito de papel brillaba en el suelo. Recogiólo y se lo guardó cuidadosamente en la billetera. Luego se acercó al arroyo y se mojó la frente, allí donde había recibido el golpe.

El agua alivió un poco el dolor. Buscó el cuchillo y lo arrancó del árbol. Era un puñal, aparentemente de fantasía, pero que también podía servir para cortar el hilo de una vida humana. La llama del fósforo que encendió le enseñó la inevitable marca de *Made in Hong-Kong*. Después de sopesarlo un instante, acabó por arrojarlo hacia la cascada. Estaba seguro de encontrarlos a docenas en el abarrote de Huan-Tsu. El arma que estaba enterrada en el pecho del infeliz Billy era idéntica a la que el asesino había utilizado contra él.

Se le ocurrió pensar que tal vez no era el asesino, sino un cómplice. No parecía lógico que un hombre fuese con el cinturón lleno de cuchillos, como un malo de opereta. Pero es que, reflexionó, las cosas que ocurrían en Raramaui tampoco tenían demasiada lógica.

Emprendió el regreso a la aldea. Mientras lo hacía, recordó las diez letras escritas en el papel. *Hoyo del Tru...* ¿Querían decir «Hoyo del Trueno»? En tal caso, ¿qué significaba el nombre? ¿El lugar donde se escondía el profesor Hassewohl? Los indígenas eran muy aficionados a poner nombres poéticos a los lugares más bellos de la isla. ¿Quién podía decirle dónde estaba el «Hoyo del Trueno»?

Cuando llegó a su habitación, cerró sólidamente la puerta y la ventana, puso en marcha el ventilador y se tendió en la cama. Instantes después,

dormía profundamente.

Su sueño duró hasta que le despertó por la mañana una fenomenal algarabía de gritos y lamentos. Saltó del lecho en pijama, se acercó a la ventana y la abrió. Una turba de mujeres corrían a lo largo de la calle, gritando y mesándose los cabellos con loco frenesí.

El sol estaba ya muy alto. Del Río comprendió que aquel grupo de mujeres debía haber ido a bañarse a la cascada y se habían tropezado con el cadáver de Billy. En medio de todo, no pudo contener una sonrisa; el hallazgo del cuerpo de Billy por las mujeres, venía a representar una especie de demostración de su inocencia.

Empezó a asearse con toda tranquilidad. Cuando se ponía la camisa, sonaron unos golpes en la puerta.

Abrió, mirando recelosamente a través de una rendija. Cuando vio que se trataba de un isleño, ensanchó más la abertura.

—Señorita Carver entregar esto para usted —dijo el hombre, entregándole un papel y escapando en el acto.

Del Río frunció el ceño, mientras cerraba con un empujón de su hombro y empezaba a desdoblar el papel. Leyó su escueto contenido:

> «POR FAVOR, VENGA A VERME AL "CHORRO DEL DIABLO"».
>
> L. C.

CAPÍTULO VI

Kaya parecía nerviosa y agitada. Pegó un par de chillidos a Anaka, innecesarios, según la opinión de Del Río, y luego se metió gritando en la cocina. Para ser una mujer de un continente tan plácido, aquel comportamiento no resultaba enteramente lógico.

Kaya salió a poco. Vaciló un momento y acabó por dirigirse a la mesa en que Del Río estaba terminando su desayuno.

—¿Se ha enterado, señor Del Río? —preguntó.

El agente fingió sorpresa.

—Enterarme, ¿de qué, Kaya?

—Esta noche, un indígena ha sido asesinado En El Llanto de la Luna». Esta mañana, cuando las mujeres iban a bañarse, lo encontraron con un puñal clavado en medio del pecho.

—¡Qué horrible! —exclamó Del Río, fingiendo sorpresa—. Me imagino —añadió— que los asesinatos no deben ser muy comunes en Raramaui.

—En efecto. El último isleño que murió violentamente, fue hace años, cuando se cayó al «Hoyo de Trueno». Las malas lenguas aseguraron que su rival —había una chica de por medio— le arrojó al agujero, pero no se pudo probar. En cambio, el pobre Billy... ¡Un puñal en el pecho! —gimoteó la voluminosa dueña del hotel, cuyos pechos se agitaban con temblores mantecosos.

—Verdaderamente, es un hecho lamentable —comentó Del Río—. Ya he podido darme cuenta de la conmoción que ha causado en Raramaui, aunque no pude sospechar siquiera que se trataba de un asesinato.

—Usted estuvo anoche allí, ¿no es cierto? —dijo Kaya de pronto.

—Es cierto. Pero puedo asegurarle que no vi ningún cadáver —mintió el agente con todo descaro.

El vasto pecho de Kaya se dilató hasta alcanzar límites increíbles.

—Ya me lo figuraba yo —dijo. Esbozó una sonrisa con sus labios densamente cargados de pintura—. Usted lo hubiera denunciado inmediatamente.

—Por supuesto, Kaya —afirmó él con toda cortesía.

Kaya se retiró, meneando la cabeza. Del Río se preguntó si el corto diálogo sostenido con la dueña del hotel no habría sido, por parte de esta, una especie de intento de explorar sus conocimientos sobre el asunto. Del Río estaba persuadido de que muchas personas conocían el paradero de

Hassewohl, pero que, por las razones que fueran, ninguno se arriesgaba a hablar.

El único que lo había hecho acababa de morir.

Esto solo podía significar una cosa: Si alguien conocía el paradero de Hassewohl, callaría aún más. La muerte de Billy, además de cerrar los labios, había cerrado también otros factibles de indicarle el escondite del científico desaparecido.

Se preguntó quién podría haberse enterado de que Billy y él se iban a encontrar a orillas del estanque. Eso poco importaba, especuló; aparte de que no podía haber sido otro que el asesino, tenía la seguridad de que conocía a Billy y sus reacciones. Por lo tanto, nada más fácil que seguirle hasta «El Llanto de la Luna» y apuñalarle. Después, había esperado para ver quién tenía que entrevistarse con Billy junto al estanque.

Tenía que haberse dado cuenta de que le faltaba el fragmento de papel, en el que había arrebatado a Billy; por eso le había atacado. Pero, en tal caso, siguió con sus especulaciones, ¿por qué matarle?

Había una respuesta; el asesino pertenecía a una potencia rival y quería apoderarse, como él, del profesor Hassewohl. No quería que se enterase del lugar donde estaba escondido en Raramaui y por ello había dado muerte a Billy. Pero su esfuerzo había resultado estéril, porque el nombre del escondite estaba en su poder y el agente enemigo no había tenido tiempo de arrebatárselo ni, mucho menos, de leerlo.

Suspiró. Esa era la guerra que se libraba entre las sombras, la guerra que ni siquiera el calificativo de fría merecía. Hassewohl era una importante pieza del juego, por cuya captura ya se había perdido un peón. No obstante, la partida no estaba perdida del todo; en realidad, empezaba a jugarse.

Se levantó de la mesa y salió a la veranda. Como de costumbre, se caló las gafas negras para eludir el fuerte resplandor del sol.

Una mano surgió delante de él, armada con un paquete de tabaco.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, señor Durand —aceptó Del Río.

Fumaron.

—La aldea está conmocionada —comentó Durand.

—Ya lo veo —respondió Del Río. Todavía se veían grupos que comentaban lo ocurrido.

—Tremendo, tremendo —suspiró Durand—. Si se empieza a perder la paz en un paraíso como Raramaui, no sé a dónde iremos a parar.

—Tiene usted razón. Raramaui parece un sitio donde no se pudiera pecar. Es un trozo de paraíso...

Durand soltó una risita.

—Pero hay muchas serpientes, cada una con su manzana. Alguna de las

manzanas son de oro —añadió enigmáticamente. Se tocó el sombrero y emprendió el descenso de la escalera—. Hasta la vista, señor Del Río.

—Adiós.

Del Río permaneció todavía unos instantes en el mismo sitio. Luego subió a su habitación y tomó el bañador y una toalla. Descendió, silbando tenuemente una vieja canción.

Mick Cadogan apareció de pronto en el vestíbulo. Su paso era ahora firme, lo cual indicaba que no había tenido tiempo de ponerse a beber. Pero del bolsillo derecho de su chaqueta sobresalía el gollete de una botella que no era de agua precisamente.

—Hola —saludó alegremente—. ¿Se ha enterado de la noticia? Esto es una bomba en Raramaui, créame, señor Del Río.

—Me lo imagino —contestó el joven—. He oído decir que se trata de un asunto de celos.

Cadogan soltó una abrupta risotada.

—¡Celos, ja, ja! —exclamó—. ¡Si yo le contara a usted, señor Del Río! Mucha gente, en Raramaui, me desprecia porque soy un tipo que se pasa el día emborrachándose, pero tengo una vista excepcional. Lo que pasa es que yo sigo una filosofía muy sana, la filosofía de buscar la prolongación de la existencia durante cien años, si se puede.

Del Río emitió una invitadora sonrisa.

—Es la mejor de todas las filosofías, amigo Cadogan —manifestó—. Y, dígame, ¿en qué consiste, si se puede saber?

—Se puede saber, sí, señor —contestó el beodo—. Ver, oír y cerrar el pico. Aquí, el que abre el pico para otra cosa que no sea pedir la comida, cigarrillos, ginebra o perseguir una chica linda, tiene los días más cortos que una cucaracha delante de una tortilla con D.D.T. Y a mí —concluyó Cadogan con tremenda risotada— el D.D.T. me da náuseas.

Dicho lo cual, se alejó hasta un sillón situado en un ángulo del salón. Sentóse allí y pidió a grandes voces una cerveza y un vaso alto. Cuando Anaka se la trajo, vertió la cerveza y echó en ella una generosa dosis de licor. Acto seguido, empezó a beber sin el menor escrúpulo.

Del Río tomó buena nota de las palabras de Cadogan. Claro está, pensó, debía ser muy cauto. Billy había muerto por pretender hablar. No quería que Cadogan corriese la misma suerte.

Pero si el asesino sospechaba que Cadogan sabía algo referente al profesor Hassewohl, le obligaría a hablar primero y luego le degollaría. Tenía que anticiparse al agente enemigo, aunque aquel no era el momento apropiado.

Lotta le esperaba en «El Chorro del Diablo». Debía acudir a la cita.

Caminó tranquilamente a lo largo de la playa, que describía un extenso semicírculo, de casi dos kilómetros de longitud. El promontorio norte se

adentraba en el mar cosa de doscientos metros y consistía en un conjunto de rocas bajas, incesantemente batidas por el oleaje.

A trescientos metros de distancia percibió un extraño rumor, un profundo rugido, con algo de sonido de caracola de mar, una especie de silbido oscuro, de gran volumen. Un chorro de agua pulverizada subió bruscamente a diez metros de altura, proyectada a lo alto con fuerza irresistible.

Abandonó la arena y pasó a las rocas. El promontorio, ahora lo recordaba de su visión desde el aire, tenía la forma de un gigantesco dedo, cuya anchura media oscilaba entre los quince a los veinte metros, por una altura máxima de cuatro o cinco solamente. Cuando el mar se aborrascaba, las olas saltaban fácilmente por encima.

Había mucha humedad en el suelo, lo cual obligaba a caminar con precaución; un resbalón inoportuno podía ser la causa de una fractura ósea, y en aquellos momentos, sin médico en Raramaui, no sentía deseos de que le sucediese una cosa semejante. Continuó su camino, escuchando el rugido del «Chorro del Diablo» con regulares intermitencias.

Comprendió lo que sucedía. Bajo las rocas, en aquel punto, había un hueco, una caverna marina. Cuando el mar, irrumpiendo con fuerza por la abertura que sin duda estaba sumergida en la masa líquida, llenaba la oquedad, el exceso de agua saltaba a lo alto con potencia que variaba según la fuerza del oleaje. Algunos chorros sobrepasaban cumplidamente la docena de metros y su fuerza, debido a la relativa estrechez del orificio, era considerable.

Sentada sobre una roca, contemplando el singular espectáculo, estaba Lotta.

La muchacha vestía un traje de baño negro, que se amoldaba con exactitud a las armoniosas líneas de su esbelto cuerpo. Una gran pamela de paja cubría su cabeza de los ardores del sol y sus ropas estaban en el suelo, a sus pies.

—Hola —dijo él, acercándose por detrás.

—Hola —contestó ella, sin volver la cabeza—. ¿Qué le parece esto?

—Interesantísimo, desde el punto de vista del científico —contestó él, sentándose a los pies de la joven—. ¿Fumamos?

—Bueno.

El chorro de agua subió a lo alto. A veinte pasos de distancia, los sonidos cambiaban un poco. Primero se escuchaba el profundo susurro del viento expulsado con gran violencia y luego una especie de latigazo seco, un chasquido de notable volumen sonoro. A continuación se oía el silbido del agua al salir disparada a lo alto a toda presión. Después, el oleaje remitía y la columna de líquido era arrastrada por el viento, convertida en puro polvo de agua.

—Nau-Ti me entregó su nota —dijo Del Río, al cabo de unos momentos de especulativo silencio.

—Gracias por haber venido —contestó ella.

—No podía desatender una cita semejante, señorita Carver. Aunque ya me supongo que no tiene nada de frívola.

—Quería hablarle sobre el pobre Billy —dijo ella.

—La escucho.

—Su muerte ha causado una gran sensación en la aldea.

—He tenido ocasión de comprobarlo esta mañana, desde mi ventana.

—¿Para qué le citó Billy a usted en «El Llanto de la Luna»?

La pregunta fue hecha con toda naturalidad, pero de modo brusco, repentino, destinado a sorprender a Del Río. El agente, sin embargo, esperaba que ella le dijese algo parecido en un momento u otro, y no se inmutó.

—No conocía a Billy. No le había visto jamás —contestó tranquilamente.

—No conocía a Billy. No le había visto jamás —repitió Lotta, punto por punto, sus palabras—. Pero él le citó en aquel paraje.

—Oiga —protestó él suavemente—, ¿por qué ese empeño en relacionarme con la muerte de un pobre isleño al cual no conocía en absoluto?

—Usted salió de la tienda de Huan-Tsu y se detuvo a encender un cigarrillo. Billy estaba apoyado en la pared de la veranda, junto a la puerta. En ese momento concertó la cita con usted.

Del Río lanzó una sonrisa en dirección a la joven.

—Yo creí que se dedicaba usted a dirigir la S. I. C. en lugar de jugar a espías.

—Tenía unos gemelos en la mano. Con ellos le vi salir a usted y encender el cigarrillo. También pude ver el movimiento de labios de Billy y el suyo al darle la respuesta. Esta mañana, después de mucho pensar, he relacionado esa conversación que se desarrolló de forma tan disimulada entre los dos, con la muerte de Billy. Atrévase a negarlo.

—Me atrevo —contestó él con toda desfachatez. Y siguió mintiendo—: No quería decírselo, pero usted me obliga a ello. Es cierto que hablé con Billy, en la forma que usted tan bien ha descrito. Ahora bien, si le repitiese lo que Billy me propuso, por veinticinco dólares, usted enrojecería de tal modo, que durante diez años parecería una langosta recién cocida.

Lotta no se inmutó.

—¿Qué le dijo? —insistió.

Del Río suspiró.

—Puesto que insiste... Se ofreció a proporcionarme la compañía de una linda isleña por veinticinco dólares, como ya le he anticipado. Rechacé la

oferta; aparte de que hay ciertas cosas que no me agradan, mi economía particular no está en condiciones de soportar un desembolso semejante.

—Continúa mintiendo aunque, naturalmente, no puedo obligarle a que diga la verdad —declaró la joven—. Sin embargo, voy a hacerle una advertencia.

—Sí, señorita Carver.

—Billy le citó en «El Llanto de la Luna» para hablarle del profesor Hassewohl. Estuvo a su servicio durante bastante tiempo, hasta que el profesor lo despidió por vago e incompetente. Como todo el mundo en la aldea, Billy sabía que usted había hecho preguntas acerca de Hassewohl. Por lo tanto, si habló con usted no fue para buscarle la compañía de una linda isleña, sino para conducirle al lugar dónde está el profesor.

Del Río fingió indiferencia.

—Luego, usted conoce su paradero. Él está en Raramaui.

—Sí. Está —admitió Lotta llanamente.

—Y... ¿puedo saber por qué no quiere usted ponerme en contacto con un viejo amigo?

—En primer lugar, porque Hassewohl no ha tenido jamás, en todos los días de su vida, un amigo llamado Flash Del Río. Y en segundo, porque él no quiere que se conozca su paradero.

Del Río meditó durante unos segundos.

—Al parecer, usted tiene con él alguna relación afectiva que le impulsa a ayudarle —dijo.

—Por supuesto —contestó Lotta sin inmutarse—. Es mi padre.

CAPÍTULO VII

El surtidor de agua pulverizada emergió de pronto a la superficie, con bronco silbido. Después de tan sensacionales palabras, Lotta bajó de la roca en que estaba sentada, se inclinó y tomó una falda, que abrochó en torno a su delgada cintura. Metió los pies en unas sandalias de suela de fibra, se puso una blusa, y recogiendo por último una gran toalla roja, dio media vuelta y se alejó, sin añadir una sílaba más a lo que ya había dicho.

Del Río permaneció allí todavía unos minutos más, rumiando las declaraciones de la joven. Así, pues, los informes eran ciertos: Hassewohl estaba en la isla. Pero lo que nunca hubiese podido sospechar era que Lotta fuese su hija.

En el historial de Hassewohl se mencionaba, por descontado, su vida familiar. Del Río sabía que había estado casado y que el matrimonio había tenido una hija. Lo que no hubiera sido capaz de suponerse es que Lotta fuera la hija que mencionaba el informe. Dado el tiempo que había nacido, todos, no él solo, habían pensado que estaría casada tiempo atrás y residiendo en Alemania del Este, ya que antes de la guerra, Hassewohl vivía habitualmente en Leipzig.

Pero a nadie se le había ocurrido que la hija del científico pudiese estar también en Raramaui. Estos eran fallos de los servicios secretos, que ocurrían de cuando en cuando. Bueno, ahora estaba en situación de subsanarlos. Por lo menos, conocía a la hija de Hassewohl y esto era algo.

Pero en cambio, Lotta ignoraba que él conocía un lugar donde presumía podía hallarse escondido su padre. Había tenido la suficiente listeza para callar la frase escrita en el papel. Sin embargo, Kaya había mencionado «El Hoyo del Trueno». Ahora faltaba saber si aquella cita era casual o intencionada.

Apuró el cigarrillo y lanzó la colilla al mar. El agua bramó bajo la roca y salió disparada a lo alto con tremendo ímpetu.

Se puso en pie y emprendió lentamente el regreso hacia la aldea. A poco, alcanzó las primeras cabañas.

Unos metros más adelante, un indígena le cortó el paso.

—¿Señor Del Río?

—Sí.

—Señor Mellon llamar. Usted acudir despacho. Pronto.

—Está bien.

Del Río subió los peldaños que conducían a la puerta del edificio de la

administración y cruzó el umbral. Mellon le miró irritadamente.

—¿No sabe llamar antes de entrar? —exclamó en tono cortante.

—Usted me ha llamado, de modo que supuse que no sería necesaria semejante ceremonia —contestó Del Río sosegadamente—. ¿Un cigarrillo? —invitó.

—Gracias —denegó secamente el administrador. Y sin transición alguna, añadió—: Anoche estuvo usted en el paraje que los indígenas conocen por el nombre de «El Llanto de la Luna».

Era una interrogante que exigía una respuesta positiva.

—No tengo por qué negarlo —dijo Del Río, expulsando el humo de su cigarrillo.

—Le supongo enterado del horrible crimen cometido en aquel paraje.

—Así es.

—También supongo que usted contestará diciendo que no sabe nada y que no vio el cadáver ni a su asesino.

—Exacto —respondió Del Río sin pestañear.

—Sin embargo, resulta sintomático que el indígena muriese antes de las cuarenta y ocho horas de su llegada.

—¿Traigo el cólera conmigo? —preguntó Del Río con macabro humor.

Mellon enrojeció.

—No se trata de eso...

—Escuche, administrador —dijo el agente, fingiendo impaciencia—, ya le he dicho cuanto sé. No trate ahora de implicarme en un crimen que, para mí, carece de sentido. No conocía a Billy, no tenía motivos de enemistad y tampoco estaba yo haciendo en «El Llanto de la Luna» nada que fuese tan grave como para silenciar a puñaladas a un posible testigo. La dueña del hotel me recomendó aquel paraje, fui, lo visité y me volví, eso es todo.

—¿No se encontró con nadie en el camino, a la ida o a la vuelta?

—No.

Mellon le miró fijamente durante algunos segundos. Del Río soportó el escrutinio con gesto impasible.

—Está bien. Puede irse, señor Del Río.

El agente recogió su sombrero, que había dejado sobre una silla.

—Gracias, administrador.

Cuando llegaba a la puerta, Mellon dijo:

—Espero que se vaya apenas zarpe la goleta del capitán Johansson, señor Del Río.

—Todos los medios de transporte que no son tren o automóvil me marean —contestó el joven, volviendo ligeramente la cabeza—. Así que no me iré en la goleta del capitán Johansson, sino en el avión de Darrell; al menos, mi mareo durará mucho menos tiempo. Y por otra parte, ya pagué a Darrell el pasaje de vuelta. ¿Comprende?

Mellon no dijo nada. Del Río cruzó el umbral y salió a la veranda.

Al pie de la misma, Jess McDoan, apoyado indolentemente en un poste, fumaba un cigarrillo con aire de hastío.

—¿Qué le ha dicho ese cocodrilo? —preguntó.

—Me habló del pobre Billy.

—¡Ah, ya! Un crimen estúpido, a mí entender.

—¿Por celos? —apuntó Del Río.

—Estos morenos... —dijo McDoan en tono desdeñoso—. Vaya usted a saber. Sonríen por delante, pero solo el diablo adivina lo que hay detrás de sus frentes. Quizá Billy dijo a otro indígena algo feo de sus antepasados y el otro, sintiéndose ofendido, esperó la ocasión propicia para saldar cuentas. Cualquiera que trate de buscarle tres pies a este gato, pierde el tiempo miserablemente.

—Eso opino yo —sonrió Del Río—. Bueno, aunque sea por un motivo tan triste y lamentable, no se puede decir que mis vacaciones sean tan aburradas como esperaba al no encontrar aquí a un viejo amigo, con cuya compañía contaba para no aburrirme demasiado, cuando vi que me fallaba el negocio.

—¿Un amigo? ¿Cómo se llama? Tal vez lo conozca yo, señor Del Río.

—Hassewohl.

McDoan calló unos segundos.

—No. No me suena ese nombre —contestó al cabo—. De vez en cuando —añadió con una sonrisa— aparecen por aquí algunos tipos raros, que se van enseguida. Nadie se preocupa de sus nombres, salvo el administrador, claro, quien tiene que llevar cuenta de todo extranjero que va y viene a la isla.

—Mellon ha dicho que no lo conoce.

—Quizá no se acuerda. Tal vez, si consultara su registro de pasaportes apareciese el nombre de ese amigo que usted busca. O acaso es que Mellon no lo conocía, pero sí el administrador anterior, que se marchó hace dos años.

Del Río estudió aquella posibilidad. Sí, podía ocurrir que el nombre de Hassewohl figurase en el registro de transeúntes de la administración. Pero no se atrevía a pedírselo a Mellon. Tendría que hacer una incursión a la oficina, cuando él no se encontrase en ella.

—Bueno —dijo McDoan—, me marcho. Pronto será la hora de mi mensaje diario. Tengo que enviarlo puntualmente; de lo contrario, luego me ponen verde. Adiós, señor Del Río.

—Hasta la vista.

El resto del día transcurrió con exasperante monotonía. Una vez vio a Lotta Carver en la veranda de su oficina. La joven le dirigió una larga e indescifrable mirada, pero no hizo nada por volver a hablar con él.

Se preguntó por qué se había escondido Hassewohl en Raramaui. El Servicio Secreto no tenía informes de que hubiese cometido ningún grave crimen que le hubiera obligado a huir y ocultarse en aquel remoto paraje del Pacífico. Entonces, ¿por qué lo había hecho?

Dejó que dieran las doce de la noche y salió de su dormitorio sin hacer el menor ruido. Atravesó el vestíbulo y salió a la calle, brillantemente iluminada por la luz de la luna.

Esperó unos segundos. El silencio era absoluto. Luego echó a andar.

Alcanzó el edificio de la administración sin tardar demasiado. Se detuvo en una de sus esquinas, avizorando el panorama. Todo continuaba igual.

Dio la vuelta al edificio por la parte posterior. Una de las ventanas estaba entreabierta y a través de ella salían los sonoros ronquidos de un durmiente. Del Río sonrió; toda la elegancia de Mellon desaparecía en cuanto se tendía a dormir. Seguramente, el administrador habría protestado indignadamente si alguien le hubiese dicho que roncaba.

Un minuto después estaba al pie de la ventana de la oficina. Puesto que no había nada que robar, estaba abierta. En todo caso, los documentos secretos y el dinero de la administración estarían guardados en alguna caja fuerte. Esto no le interesaba a él.

Levantó las manos y se agarró al antepecho. Flexionando los brazos, se izó a pulso y luego pasó al otro lado, sin hacer el menor ruido.

Sacó de su bolsillo una linternilla, no más gruesa que un lápiz, cuyo haz luminoso le permitió llegar sin tropiezos hasta el despacho de Mellon. Había gran cantidad de papeles, cuidadosamente colocados, y también un par de libros. El rótulo que había sobre la tapa de uno de ellos le indicó que era el que buscaba.

Sabía que Hassewohl estaba en la isla; su propia hija se lo había dicho. Ahora, por tanto, lo único que le faltaba era conocer el nombre falso que utilizaba en la actualidad, porque era de suponer que Hassewohl no usara el suyo propio. Quizá muchos de los que le conocían no sabían siquiera que se llamaba así y por dicha razón sus respuestas negativas habían sido totalmente sinceras. Pero, en todo caso, aquel registro hablaría sin lugar a dudas, mejor que cualquier posible testigo.

Abrió el libro y empezó a buscar directamente a partir de cinco años y medio más atrás. Las anotaciones, tal como había sugerido McDoan, estaban hechas por el anterior administrador.

Los nombres de los visitantes estaban muy espaciados en el tiempo. A veces, pasaban meses enteros sin hacer ninguna anotación. Por ello le resultó fácil encontrar un nombre, cuya fecha de llegada coincidía, en plano ligeramente posterior, con la de la desaparición de Hassewohl.

El nombre era Axel Vorsohn.

Así, pues, Hans Otto Hassewohl se escondía ahora bajo la identidad de Axel Vorsohn, un nombre declaradamente escandinavo. El nombre le sonaba.

¿Dónde lo había oído mencionar, antes de aquel momento?

Trató de forzar su memoria, sin conseguirlo. Estaba seguro de que el nombre no era extraño para él, aunque en aquellos momentos no lograba situarlo correctamente en el conjunto de sus recuerdos.

Repentinamente, algo duro y contundente chocó contra su nuca. La linterna se escapó de sus dedos y su cara se apoyó contra la mesa. Había perdido el conocimiento por completo.

CAPÍTULO VIII

Cuando despertó, además del dolor de la nuca, sintió otro, muy fuerte y extraño, en los tobillos.

Pasaron unos minutos antes de que recobrase la total conciencia de su situación. Entonces se dio cuenta de que estaba amordazado.

También advirtió la posición en que se hallaba, nada agradable por cierto. Tenía sólidamente atados las muñecas y los tobillos. Habían pasado un largo y recio palo por entre los huecos correspondientes y le transportaban en vilo, como a una pieza recién cobrada de caza mayor.

El balanceo provocado por la marcha movía su cuerpo a derecha e izquierda, provocando el que las cuerdas se incrustasen en su carne, con lo que el dolor, en lugar de disminuir, aumentaba por momentos. No podía protestar, a causa de la mordaza, y lo único que le estaba permitido era ver la bóveda vegetal bajo la cual caminaban los hombres que le transportaban.

Sus captores no hablaban, limitándose a moverse en silencio. Del Río ignoraba cuánto tiempo había permanecido inconsciente. El dolor de muñecas y tobillos, por contraste, le había hecho desaparecer el de la nuca.

Pasó un lapso de tiempo cuya duración no supo calcular. Al cabo de un largo rato, empezó a oír un sordo rumor en la lejanía.

El rumor se acentuó a medida que se acercaban a él. Era como un trueno continuado, y al oírlo, Del Río supo que se acercaban a uno de los lugares típicos de la isla.

Kaya había mencionado a un indígena que se había caído en «El Hoyo del Trueno». ¿Era que a él también pretendían arrojarle en aquel diabólico lugar?

La piel se le erizó al considerar semejante posibilidad. A cada segundo que transcurría, el ruido aumentaba más y más de volumen.

Los dos hombres que le transportaban habían refrenado su marcha, debido a que, como observó Del Río, caminaban por una pendiente, ganando altura a cada paso que daban. Era horrible hallarse completamente inmovilizado sin poder realizar el menor movimiento para defenderse.

El trueno se hizo de repente ensordecedor, cuando el suelo tomó un sentido nivelado. Entonces, los dos porteadores se detuvieron.

Había también otro hombre. Del Río podía oírle, pero no verle. Habló en voz muy baja con los porteadores... Relativamente baja, a consecuencia del bramido que parecía emerger del fondo de la tierra a pocos pasos de distancia. Del Río no pudo distinguir sus palabras ni mucho menos

identificarle por el tono de las mismas.

Los porteadores asintieron. Uno de ellos sacó el palo y lo arrojó a un lado. Entonces, los dos hombres le cogieron por las muñecas y los tobillos y se acercaron al lugar de donde brotaba aquel profundo trueno.

Del Río intentó debatirse para escapar a la horrible suerte que le esperaba. Todo fue inútil; estaba bien sujeto y sus ligaduras no cedían. Paso a paso, los porteadores fueron ganando terreno.

Uno de ellos, el que le sostenía por los brazos, abrió las manos de pronto y le soltó, lanzando un agudo grito. Del Río se preguntó por las razones del extraño comportamiento del individuo, pero en el mismo momento escuchó el retumbar de un disparo.

Sonó otra detonación. El sujeto se derrumbó al suelo, sin un solo movimiento más. El otro soltó sus tobillos y, dando un salto prodigioso, se zambulló en la espesura de la selva, desapareciendo en un instante.

Del Río se preguntó quién era su providencial salvador. Fuera quien fuese, su acción no había podido ser más oportuna. Unos segundos más tarde y ya habría muerto. Mientras viviese, le estaría agradecido.

Sonaron unos pasos cautelosos. Una silueta humana apareció en el campo visual del joven.

—¿Qué tal está? —preguntó Lotta con voz neutra.

—Atado como un salchichón y con la cabeza como un tambor después de un desfile militar, pero por lo demás, bien —respondió Del Río—. Gracias por su intervención.

Lotta se arrodilló a su lado. Nuevamente había trocado la austera falda por unos pantalones oscuros, aunque en esta ocasión se había quitado también la blusa, sustituyéndola por una extraña pieza, de color rojo oscuro, que dejaba los hombros enteramente al descubierto, así como los brazos. Dos delgados tirantes sostenían la prenda, cuya parte inferior desaparecía en la cintura de los pantalones.

La joven sacó una navajita, con la cual cortó las ligaduras que sujetaban los miembros de Del Río. Este se sentó en el suelo y empezó a frotarse las muñecas vigorosamente, a fin de restablecer la circulación de la sangre.

—Me he visto envuelto en muchos jaleos —confesó—, pero ninguno tan serio como este.

—Todo se debe a su insaciable curiosidad —contestó ella.

—¿Curiosidad?

—Sí —los ojos de Lotta fosforescían en la oscuridad como los de un felino—. ¿A qué fue al despacho de Mellon?

—Curiosidad, usted lo ha dicho. Y no me acuse de ese pecado, porque cuando lo sabe, es que me vio.

—No le vi yo, pero le divisó otra persona, que es la que me avisó de su extraño comportamiento —respondió Lotta.

—Lo mismo da. Entonces, usted debió levantarse de la cama y correr hacia la administración.

—Sí.

—¿Y qué más?

—Vi que le sacaban inconsciente y le colgaban del palo. Pensé primero que se lo llevarían a algún lugar escondido para interrogarle, por lo que, de momento, preferí no hacer nada. Pero cuando vi que se disponían a arrojarle al «Hoyo del Trueno», entonces no me quedó otro remedio que disparar.

Del Río volvió los ojos hacia el cuerpo que yacía a pocos pasos de él.

—Parece un isleño —comentó—. Pero estoy seguro de que él no actuaba por cuenta propia, sino por orden de otro. Había tres, dos me transportaban y el tercero dirigía la operación. ¿Distinguió usted el rostro de este último?

—No. La luna alumbraba bastante, es cierto, pero si no se está muy cerca de una persona o esta viste de determinada manera, no se puede distinguir su identidad. Por la estatura, lo cual, de otra parte, no es un signo definitivo, me pareció indígena. Es todo lo que puedo decirle.

—¿Reconocería usted al muerto? —apuntó él.

Lotta caminó hacia el cadáver y estudió sus facciones durante algunos segundos.

—Raramaui tiene quinientos o seiscientos habitantes —declaró—. No los conozco a todos.

Del Río notó que sus tobillos se hallaban ya en buen estado. Se puso en pie.

—Los otros dos escaparon apenas empezaron a sonar los tiros. ¿A qué distancia estamos de la aldea?

—Dos millas y media.

Del Río se tocó el chichón de la nuca.

—En los últimos días, mi cabeza se ha convertido en el blanco favorito de todos los golpes que se pierden —comentó con irónica amargura—. He debido permanecer inconsciente bastante rato.

—Hemos tardado hora y media en llegar hasta aquí desde Raramaui —manifestó ella.

El agente suspiró.

—Bien, es una lástima que ese pájaro no pueda seguir con vida. ¡Nos hubiera dicho cosas tan interesantes! En fin —volvió a suspirar—, no tendremos otro remedio que deshacernos de su cuerpo.

Lotta se estremeció.

—¿Piensa arrojarlo allí? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Se imagina el lío que se armaría si encontrasen este cadáver con dos balazos en el cuerpo? Donde no hay cadáver, no hay delito

—sentenció—. Pero no lo toque usted, yo me encargaré de hacerlo.

Ella asintió en silencio. Mientras tanto, Del Río se asomó al borde de aquella oquedad, de la que salía el trueno que tanto le había extrañado.

Era un hueco circular, de unos treinta metros de diámetro. Por el extremo opuesto surgía una corriente de agua, fuerte y potente, del grosor de un cuerpo humano, que resbalaba por las paredes inclinadas del embudo, a un estanque circular de, aproximadamente, la mitad de la anchura total. La altura de la caída venía a ser unos cinco o seis metros.

Las aguas del estanque no estaban jamás quietas. Se agitaban continuamente, moviéndose en sentido circular, muy rápidas, como un remolino cuyo vértice se hallaba en el centro, perfectamente visible hasta a tales horas de la noche. En el centro de la masa líquida, que giraba y giraba incesantemente, había la clásica depresión que se produce cuando una corriente de agua desaparece en el seno de la tierra. El ruido de la catarata y el del aire al ser absorbido por el remolino, producían conjuntamente aquel sonido que tan adecuadamente calificaba el lugar.

Del Río se estremeció. De no haber sido por la oportunísima intervención de Lotta Carver, su cuerpo habría desaparecido para siempre en aquel vórtice que lo habría succionado al interior de la tierra. Nadie habría vuelto a verle jamás y todos hubieran supuesto, en la isla, que había muerto arrastrado por una ola cuando se bañaba.

—¿A dónde va a parar ese remolino? —preguntó. Era preciso hablar fuerte, para poder entenderse.

—Recorre cosa de una milla por el interior. Luego reaparece en el sitio donde vimos el cadáver de Billy.

—Entonces, ¿verán también este cuerpo?

Lotta se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo —contestó.

—Kaya me dijo que una vez se cayó alguien al remolino.

—Lo recuerdo. Su cuerpo apareció horriblemente destrozado por las rocas del túnel por dónde corre el agua.

—Mejor para nosotros. Así, las heridas de bala pasarán inadvertidas. A nadie se le ocurrirá pensar que no se trata de un accidente.

—Menos a los otros dos que estaban aquí —alegó Lotta.

—Esos no hablarán, por la cuenta que les tiene —exclamó Del Río con una amplia sonrisa.

Regresó sobre sus pasos y tomó en brazos el cuerpo del isleño muerto. Estaba vestido únicamente con un faldellín de tela floreada y no llevaba nada encima que pudiese coadyuvar a su identificación.

Tomó impulso y lanzó el cuerpo hacia adelante. El cadáver describió una parábola en el aire y cayó en las aguas, levantando una gran nube de espumas, hundiéndose unos momentos. Luego reapareció y empezó a girar

por el borde de la masa líquida, agitándose horriblemente. Daba la sensación de seguir todavía con vida. Lotta tuvo que volverse, espeluznada por la escena que estaba presenciando.

El cadáver describió tres o cuatro vueltas, arrastrado por el remolino. Luego, la succión del agua lo arrastró hacia abajo. Se hundió de cabeza, alzó las piernas, que se agitaron patéticamente durante unos segundos, y luego acabó por desaparecer, absorbido irresistiblemente por el remolino.

—Ya está —dijo Del Río, cuando el cadáver hubo desaparecido de su vista.

Lotta continuaba vuelta de espaldas al embudo atronador. Del Río la tomó por un brazo y se la llevó lejos de aquel lugar.

—Procure olvidar lo que ha visto —aconsejó.

—Será difícil —contestó ella—. Es la primera vez en mi vida que disparo contra una persona.

—Ha salvado a un inocente y eso es lo que debe importarle.

—¿Cómo sé que es inocente? ¿Puede asegurarme que no es tan culpable como los otros?

Del Río se quedó parado un instante.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no dejó que me arrojasen al embudo?

—No lo sé. Ni siquiera sé tampoco por qué hice caso al que vino a despertarme. Usted busca a mí padre y yo no quiero que lo encuentre.

—¿Piensa que soy yo el único que lo busco? Lotta calló.

—No —suspiró al fin—. No es usted el único. Pero hasta ahora no se habían producido dos asesinatos por su culpa.

—Una culpa indirecta, desde luego.

La muchacha parecía muy abatida.

—Tendríamos que irnos de Raramaui. El vino aquí y luego me llamó. Pensaba que había encontrado por fin la paz y la tranquilidad que tanto había ambicionado... —la voz de Lotta sonaba trémula, entrecortada—. Usted no sabe lo que es vivir forzado continuamente a trabajar, obligado a buscar nuevas fórmulas que podrían ser de salvación, de progreso, de civilización y que no son más que de muerte y destrucción... Los alemanes primero, después, ustedes, los americanos... Todos querían y quieren exprimir sus conocimientos, extraerle el jugo como si se tratase de una fruta... El, lo único que desea es vivir en paz, tranquilamente, sin meterse con nadie...

Del Río dejó que la muchacha continuase hablando.

—Mi madre murió en un bombardeo aéreo. A mí, tuvo que arrancarme de las manos de los rusos... Él había colaborado en la sección de combustibles de los programas V-1 y V-2... Conoció todos los horrores de la guerra, sin ahorrarse ninguno, incluso los campos de concentración. De no haber sido tan necesario para los proyectiles dirigidos, habría terminado

en una cámara de gas... Luego, ustedes lo raptaron y suerte tuvimos de no separamos... Un día sintió que o cesaba de trabajar o se pegaría un tiro... Ya no podía resistir más. Entonces desapareció... Poco más tarde cambié mi apellido y vine a Raramaui... ¡No quiero que usted se lo lleve! —terminó con voz crispada.

Del Río le pasó un pitillo encendido, que ella tomó con dedos temblorosos.

—Lo siento —dijo—. Yo me limito a cumplir con mi obligación. Soy un simple subordinado, a quién le ha sido asignada una misión y que trata de cumplirla lo mejor que puede y sabe. Créame que si de mí dependiera... Pero, por lo que estoy viendo, no soy yo el único que trata de hacerse con los valiosos servicios de su padre.

—Sí —convino ella en tono apesadumbrado—. Ya me imaginaba que los servicios secretos americanos andarían tras él. Pero nunca pensé que otras personas pudieran buscarle —volvió la vista hacia Del Río—. Quisieron matarle. ¿Por qué?

—Para evitar competidores —respondió él sombríamente.

Lotta analizó las palabras del joven.

—Eso significa que ya conocen a mí padre.

—Quizá sí —admitió él—. También puede significar que solo saben que está en la isla, pero no dónde ni bajo qué identidad.

—Usted la conoce.

—Sí. Ahora usa el nombre de Axel Vorsohn. Hubo una pausa de silencio.

—¿Cómo se ha enterado usted?

—Mellon lleva un registro de visitantes, por su pasaporte. A mí no me lo ha pedido todavía, aunque me imagino que lo habrá hecho copiar del libro del hotel. En las fechas en que su padre desapareció, parece que llegó a la isla un tal Axel Vorsohn. Antes y después de su llegada, pasó bastante tiempo sin que viniese ningún otro extranjero. Además, el nombre de Vorsohn me suena, aunque no puedo recordar dónde lo he oído. ¿No podría ayudarme usted, Lotta?

—Ya le he salvado la vida. ¿Le parece poco?

—Evidentemente, no; es lo mejor que podía haber hecho. Pero...

Lotta se detuvo de pronto y se soltó de la mano que le oprimía el brazo. Sus ojos llamearon.

—Escúcheme, señor Del Río —exclamó con acento lleno de vehemencia—. Mi padre quiere paz y tranquilidad; no desea, bajo ningún concepto, volver a trabajar en nada que suponga, ni remotamente, peligro de destrucción para los seres humanos. Sí, ya sé qué es lo que me va a argüir; que sus trabajos pueden ser muy útiles en el programa espacial de los Estados Unidos. Pero los mismos combustibles que levantan a los

cohetes que envían a la Luna, sirven también para propulsar los cohetes de guerra con cabeza nuclear. Y eso es lo que él no quiere volver a hacer, bajo ningún concepto. Aunque le cueste la vida, téngalo bien presente.

Lotta hizo una corta pausa. Luego movió la cabeza ligeramente en señal de saludo y, lacónicamente, dio por terminada la conversación.

—Eso es todo, señor Del Río. ¡Buenas noches!

CAPÍTULO IX

A la noche siguiente, una sombra se deslizó sigilosamente hacia la administración de la isla.

A poco, el hombre salió con un libro en la mano Caminó durante media hora, hasta encontrar un lugar recóndito en la isla, donde no podía ser divisado en modo alguno.

Con la ayuda de una linterna buscó la página donde figuraba la llegada de Axel Vorsohn y la arrancó, guardándola en el bolsillo de la camisa. Después sacó un frasquito del bolsillo y lo destapó, vertiendo el contenido sobre las hojas del libro. Un penetran te olor a gasolina se desparramó en el acto por el ambiente.

Brilló la llama de un fósforo. La gasolina se inflamó en el acto.

Flash Del Río permaneció en el mismo sitio, contemplando el pequeño incendio, hasta que se hubo consumido el último fragmento de papel. De este modo nadie podría ver una hoja arrancada correspondiente a determinado período de tiempo.

Alguien podía tener la misma idea que él y revisar el registro de llegadas y salidas. Se llevaría un chasco. Sonrió, mientras pisaba los últimos rescoldos del fuego.

Emprendió el camino silbando alegremente. Si los agentes enemigos habían hecho lo mismo que él, pero antes, su acción no le servía de nada. Si no lo habían hecho, bien, ya no podrían encontrar jamás la hoja que ahora estaba en su poder.

Además, sabía dónde estaba escondido Hassewohl. Billy se lo había dicho antes de morir, aunque no directamente.

Tenía tiempo; aún quedaban diez u once días hasta la vuelta del avión. Entonces, tendría que ingeniárselas para llevarse al profesor.

Se preguntó qué truco emplearía. Darrell llegaba en pleno día y siempre acudía una multitud de nativos a presenciar el aterrizaje y despegue de su aparato. Empezó a pensar si convendría enviar un mensaje solicitando un hidroplano, que acuatizase a la media noche en un lugar convenido de antemano.

Lo malo era, se dijo, que la luna estaría en fase de novación. Un hidroavión sin por lo menos luz lunar encontraría grandes dificultades para tocar agua. Con la pista de aterrizaje no cabía contar.

Llegó al hotel, se puso el pijama y se metió en el lecho. Estuvo dando vueltas a la cabeza, buscando una solución, hasta que el sueño le

sorprendió sin haberla hallado.

A la mañana siguiente, se enteró de que Mellon estaba furiosísimo. Alguien había entrado en su oficina y se le había llevado un libro.

Kaya soltó un bufido, con su inevitable puro entre los dientes.

—¡Ese hombre es estúpido desde sus abuelos! —dijo despectivamente, mirando al joven desde arriba, mientras Del Río engullía su desayuno—. ¡Mira que preocuparse por un libro!

—Quizá era secreto —apuntó el joven.

—Se trataba del de anotación de pasaportes —resopló la mujer, haciendo oscilar su enorme pecho—. ¿Para qué tanto disgusto, digo yo, si en el mío constan las mismas cosas, más o menos?

Del Río pegó un respingo. Esa era una posibilidad que se le había pasado por alto. El o los agentes enemigos, podían encontrar también la fecha de llegada del supuesto Vorsohn y establecer las debidas conclusiones.

—Tiene usted tazón, Kaya —convino con toda cortesía—. Pero no entiendo por qué han querido robar ese libro.

—En esta isla están pasando muchas cosas raras los últimos días —contestó la mujer sibilinamente.

—Pues parece la mar de tranquila —observó él.

—Solo en la superficie, señor Del Río, solo en la superficie —Kaya le dirigió una larga mirada a través de sus pestañas embadurnadas de negro y luego, sin añadir una sola palabra más, giró sobre sus talones y se alejó.

Terminó el desayuno completamente solo en el comedor. Luego se dirigió al vestíbulo, en donde permaneció largo rato. Cadogan no se había hecho visible y Durand tampoco estaba.

Al cabo de un buen tiempo, se levantó y se acercó al mostrador de la recepción. Tomó el libro del registro de huéspedes y lo examinó atentamente.

El nombre de Axel Vorsohn aparecía inscrito en la misma fecha que en la hoja de papel que él tenía guardada en su bolsillo. Lotta había llegado un año después.

Durand había aparecido solo tres meses antes que él. Entonces supo, sin lugar a dudas, que se trataba del agente enemigo.

Se preguntó cómo podría neutralizarlo. Tendría que idear un medio.

Mientras tanto, debía enviar un mensaje, comunicando sus averiguaciones. Subió a su cuarto y estuvo escribiendo durante casi una hora. La mayor parte del tiempo se le pasó en cifrar el mensaje que, una vez terminado y en lenguaje asequible, decía:

> HALLADO PROFESOR HASSEWOHL. TENGO UN FUERTE COMPETIDOR QUE ESTA TRATANDO DE ELIMINARME.

SUGIERO CONSEJO ACERCA DE LA FORMA DE SACAR A HASSEWOHL DE RARAMAUI.

Pensó con dolor en la muchacha y en su padre. Así era su profesión, se dijo; hecha para hombres duros e implacables y para realizar actos Henos de dureza e implacabilidad. Pero no tenía otra opción.

Terminado el cifrado, salió del hotel. Se encaminó a la administración; el único que no sospecharía de sus preguntas acerca del emplazamiento de la estación de radio sería el estulto Mellon.

Aunque con seca cortesía, Mellon condescendió a indicarle dónde se hallaba la estación de radio, a quince minutos a pie de Raramaui. Después le preguntó por qué quería saberlo.

—Tengo que enviar un mensaje —respondió Del Río amablemente.

—¿A quién?

—Oiga —dijo Del Río un poco picado—, ¿no le parece que está pasándose de la raya?

—Como administrador de la isla —manifestó Mellon secamente—, tengo el derecho y la obligación de visar los mensajes que puedan parecerme sospechosos. Los sucesos que han ocurrido estos días me autorizan a hacer tal cosa con el suyo.

Del Río le entregó el papel escrito.

—Como verá —dijo—, está dirigido a mí socio. En él le digo que el mercado está poco animado y que necesitamos dirigir nuestros tiros hacia otro lado. También le digo que si mis servicios le resultan urgentes, puede enviarme un avión para recogerme cuanto antes. Aunque —añadió, con amplia sonrisa—, no creo que lo haga; las finanzas de la sociedad no están como para permitir un gasto semejante.

Mellon puso sus iniciales al pie del documento.

—Entrégueselo a McDoan. Él se encargará de transmitirlo.

—Gracias, señor Mellon —Del Río se puso en pie—. Es usted muy amable.

En aquel momento llamaron a la puerta rápidamente. Los dos hombres volvieron la cabeza.

—Adelante —dijo Mellon.

Huan-Tsu penetró en la estancia, haciendo reverencias a diestro y siniestro.

—Buenos días, señor Mellon. Buenos días, señor Del Río. ¿Cómo están ustedes? Yo me siento desolado, abrumado por el dolor, terriblemente conturbado por el suceso de que acabo de ser víctima...

—Vamos, vamos —rezongó Mellon impaciente—, no hables tanto y suéltalo de una vez, chinito. ¿Qué diablos te pasa?

—Me siento apenadísimo, señor Mellon. Yo bien quisiera no traerle a

usted más problemas de los que indudablemente tiene un hombre tan atareadísimo como usted, para que se ocupe de mi indigna persona...

—¡Hablarás de una vez, chino del diablo! —rugió el administrador—. Déjate de rodeos y suéltalo, por los cuernos de Satanás.

Del Río estaba muy divertido al observar la impaciencia de Mellon, aunque, por otra parte, le desagradaba la forma tan brutal que tenía de tratar a Huan-Tsu. Mellon era el típico norteamericano, vano, engreído y pagado de sí mismo y del poderío de su país, que consideraba a los demás hombres como seres de una clase inferior. Después, añadió para su capote, esos mismos tipos, como Mellon, se preguntaban inocentemente asombrados, cómo era que los demás no les querían.

—Me han robado, señor Mellon.

El administrador frunció el ceño.

—¿Qué le han robado? ¿Es mucho? —gruñó—. También a mí me robaron la otra noche y ya ve, no voy por allí escandalizando a todo el mundo.

—Usted no es comerciante, sino funcionario —advirtió Del Río suavemente—. La cosa varía.

Mellon le dirigió una airada mirada. Huan-Tsu le sonrió, como agradeciéndole la ayuda.

—¿En qué varía? —rezongó Mellon.

—En que lo que le han robado a Huan-Tsu vale dinero y lo que le robaron a usted lo paga el Departamento de Estado. Ya ve la diferencia —declaró Del Río.

Mellon se encogió de hombros.

—De todas formas, no creo que yo pueda servirle de mucho. No tengo ni un solo agente de policía a mí disposición, y eso que no hago otra cosa que solicitarlo periódicamente. Pero se ve que mis informes van a parar al cesto de los papeles apenas llegan a Washington.

El hombre que recibía en Washington los informes de Mellon debía ser un benefactor del Departamento de Estado, pensó Del Río.

—Los altos jefes, en efecto —convino amablemente—, pierden la perspectiva de lo que pasa en el suelo, allá en las alturas. Pero, bueno —añadió— tal vez le convenga a usted saber qué es lo que le han robado a nuestro buen amigo Huan-Tsu.

—Sí, demonios —gruñó Mellon—, no hacemos más que charlar como cotorras estúpidas. ¿Qué es lo que te han robado, Huan-Tsu?

—Dinamita, señor Mellon.

Del Río respingó. Mellon miró al chino con la boca abierta de par en par.

—¿Dinamita? —repitió. De repente, encolerizándose, exclamó—: Esa es una mercancía prohibida en Raramaui. ¿Por qué no me dijiste que tenías

dinamita en tu tienda?

—Yo no sabía nada —contestó Huan-Tsu en tono temeroso—. Estaba ya cuando compré la tienda a mí antecesor. Él no me dijo que la dinamita fuera necesaria y yo la dejé en el sótano. ¿Quién iba a comprar dinamita en Raramaui? Pero a veces, en las islas, ya se sabe; se piden las cosas más extrañas y...

—¿Cómo notó usted la falta, Huan-Tsu? —preguntó Del Río.

—Estaba haciendo inventario —respondió el chino—. Entonces reparé en que me faltaba la caja que contenía los cartuchos. Ayer hice inventario de la tienda y hoy, al bajar al sótano...

—¿Había mucha dinamita? —preguntó Mellon.

—Una caja entera. Cuatro docenas de cartuchos, creo.

Mellon se pegó una fuerte palmada en la frente.

—¡Jesucristo me valga! ¡Hay bastante para volar en mil pedazos toda la isla!

Un profundo trueno llegó en aquel momento a través de la ventana abierta. El trueno se convirtió de repente en una espantosísima detonación que acalló en un instante todos los ruidos de la aldea.

CAPÍTULO X

El suelo trepidó como sacudido por un terremoto. Sonaron gritos de terror entre los isleños que transitaban por el centro de la calle.

Del Río fue el primero en reaccionar. Abandonó el despacho, cruzó el pequeño vestíbulo y salió a la calle. Dio la vuelta a la esquina y miró a lo lejos. Por encima de las copas de los árboles, una espesa nube, de color negruzco, subía a gran altura, adoptando la siniestra forma del hongo atómico.

Los nativos se arrojaban al suelo, gimiendo presas del más espantoso terror. Mellon se le unió y contempló boquiabierto la nube de humo.

—¡Dios de Abraham! ¿Quién se entretiene aquí en hacer estallar bombas atómicas? ¡Y sobre todo —añadió exasperado y humillado en su orgullo—, sin que yo me entere!

—No sea necio —resopló el joven despectivamente—. En determinadas condiciones, el humo de los explosivos convencionales también toma esa forma. Si hubiese sido una bomba atómica, aun de las más modestas, ¿cree que usted y yo estaríamos aquí, charlando tan tranquilamente?

Miró en torno suyo. Harto suponía dónde se había producido la explosión y cuáles eran los efectos de cuarenta y ocho cartuchos de dinamita, estallando simultáneamente.

De pronto, a cincuenta pasos, divisó el «jeep» de la S. I. C. parado frente a las oficinas de la empresa. Lotta Carver estaba en la veranda, contemplando la calle con gesto de gran preocupación.

Del Río echó a correr hacia el automóvil, que alcanzó en pocos segundos. Lotta le adivinó las intenciones.

—Iré con usted —dijo.

Del Río dio el contacto. Lotta se acomodó a su derecha.

—La estación de radio ha debido volar en mil pedazos —dijo el joven —. Usted conoce bien el camino.

—De acuerdo. Siga recto y al terminar la aldea, doble a la izquierda, por el sendero que se adentra en la selva.

—Muy bien. ¡Agárrese o saltará como si le hubiese alcanzado el estallido!

El «jeep» arrancó brutalmente. Del Río pisó a fondo el acelerador, al mismo tiempo que hacía sonar el claxon con tremenda estridencia, apartando a los indígenas de su paso. Los rostros de Mellon y de Huan-Tsu

pasaron por su lado como una visión fugaz, de una décima de segundo de duración.

Alcanzó el final de la aldea y golpeó el volante hacia la izquierda. El «jeep» saltaba y botaba como un caballo díscolo, pero no por ello refrenó Del Río la velocidad.

Fuera de la aldea, el camino se angostaba hasta el punto de que apenas si permitía el paso al «jeep». Corrieron bajo la bóveda de verdor, ganando altura por medio de pronunciadas curvas que se acomodaban a las irregularidades de la ladera montañosa.

De pronto, cuando menos lo esperaban, vieron venir hacia ellos una figura humana, corriendo y tambaleándose a un tiempo. Del Río quitó el gas y aplicó el freno a fondo.

Durand alcanzó el «jeep» y se agarró al borde del protector izquierdo con manos crispadas. Parte de sus ropas aparecían desgarradas y en la mejilla izquierda tenía un extenso corte, del que fluía la sangre en abundancia. Jadeaba y las palabras brotaban a borbotones de sus labios lívidos e hinchados.

—Ha sido terrible... La estación ha quedado... totalmente destruida... Pareció que se alzaba un volcán... Pobre Jess —sollozó histéricamente—. Habíamos estado charlando hasta unos minutos antes... No sé cómo no he muerto yo también... Me despedí de él y a los pocos minutos... Creí que se hundía el mundo...

Del Río le entregó su pañuelo.

—Está sangrando, señor Durand —dijo brevemente—. Siéntese ahí y espérenos. A la vuelta le llevaremos con nosotros. Así que McDoan ha muerto, ¿no es eso?

Durand asintió.

—¿Cómo podría haber sobrevivido? —sollozó—. He vuelto unos instantes para ver qué podía hacer por él, pero no ha quedado nada, nada...

Del Río puso el coche en marcha nuevamente.

—Hace noches —dijo con acento sombrío—. McDoan habló algo de que un día pondría una bomba en la estación de radio y esperaría a ver hasta dónde subía. Entonces lo tomé como una broma, claro, porque no me imaginé que sus palabras pudieran convertirse en trágica realidad.

—Pero, ¿qué es lo que ha podido pasar? —preguntó Lotta, terriblemente estremecida.

—Sencillamente, que le pusieron la bomba que él mencionó. Aunque de una potencia muy superior. Cuarenta y ocho cartuchos de dinamita.

Lotta dejó escapar una exclamación de horror.

—¿Cómo lo supo usted? —preguntó.

—Fui a ver a Mellon para que me indicase el camino de la estación de radio. No quería que nadie más supiera que iba a enviar un mensaje.

Entonces llegó Huan-Tsu y denunció el robo de la dinamita. Todavía no había terminado de hablar cuando «¡booom...!», sonó el estallido y... ¡Ahí está!

Al doblar la próxima curva, Del Río aplicó el freno nuevamente y detuvo el «jeep». Lotta se tapó la cara con las manos unos momentos.

Del Río saltó al suelo y se acercó al área de explosión. En un vasto radio, que alcanzaba más de cien metros, la selva había sido totalmente barrida, segada parecía mejor, por la acción de una invisible y poderosísima guadaña. El suelo aparecía completamente pelado y gran cantidad de árboles aparecían tronchados y derribados a ras de tierra, a consecuencia de la terrorífica potencia de la onda expansiva.

La antena, de un solo poste, aparecía también derribada. Su armazón de viguetas entrecruzadas estaba retorcida y destruida por la parte inferior, la más próxima al centro de la explosión.

En medio de aquella desolación se advertía un tremendo hoyo, causado por la fuerza expansiva de la dinamita. Lotta contemplaba todo, como si no quisiera dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

—¿Qué edificios había aquí? —preguntó Del Río después de un prolongado silencio.

—Un barracón donde estaba la emisora. Tenía un cuarto adjunto, con el generador que proporcionaba la energía suficiente para radiar las transmisiones.

No quedaba nada, barrido todo por la irresistible fuerza del estallido. Del Río se imaginó que, tras una intensa búsqueda, aparecerían restos de aparatos e incluso partes del motor que proporcionaba la energía eléctrica desparramados por la selva circundante. Pero McDoan no aparecería jamás, pulverizado por el estallido.

—Vámonos —dijo, agarrándola por el brazo.

Regresaron al «jeep». Mellon llegaba en el suyo en aquel momento. El administrador estuvo a punto de caerse de espaldas al ver aquel tremendo espectáculo.

Mellon se quedó sin fuerzas para hablar. La mandíbula inferior le colgaba laciamente y todos sus miembros estaban acometidos de un temblor espasmódico. A su lado, Huan-Tsu, con los ojos muy abiertos, miraba por todas partes, con expresión también incrédula, aunque más sereno que Mellon.

—Señor Mellon —llamó el joven.

El administrador se volvió y le dirigió una mirada vacía.

—Sí —murmuró torpemente.

—Siento lo ocurrido —dijo Del Río. Y añadió—: Supongo que ahora nos habremos quedado incomunicados.

—Desde luego.

—¿No tiene usted una emisora de emergencia, siquiera sea para lanzar un simple S.O.S.?

Mellon sacudió la cabeza.

—No... Hasta que venga el capitán Johansson con su goleta y lo comunique a Tahití. Pondrán un cable al Departamento de Estado...

—¿Tiene radio la goleta de Johansson?

—No, creo que no.

—O sea que, para que lo sepan en Washington es preciso que Johansson llegue a Tahití.

—Sí, pero antes liará escala en otros puertos.

—Lo cual supone que es preciso esperar al avión de Darrell. Este sí tiene radio —suspiró Del Río—. Gracias, señor Mellon.

Regresaron al coche. Después de arrancar, Del Río dijo:

—¿Cuándo verá usted a su padre, Lotta?

La joven vaciló.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Ahora estamos incomunicados —dijo Del Río—. Supóngase que alguien lo secuestra y se lo lleva consigo. ¿Cómo denunciamos su desaparición hasta que llegue Darrell? Ni aunque requisáramos la goleta de Johansson y le hiciésemos navegar a todo trapo de vuelta a Tahití llegaríamos antes que el avión.

Los ojos de la joven miraron hacia adelante.

—Le diré que tenga cuidado y que no confíe en nadie —habló—. Y en cuanto venga Johansson, nos iremos en su goleta —suspiró—. Era demasiado pedir vivir pacíficamente en Raramaui. Está visto que tendremos que seguir huyendo y escondiéndonos de la gente. Un día hallaremos un sitio donde creeremos que nadie nos conoce. Pasarán unos meses, tal vez algunos años y luego volverán a descubrir nuestro... su paradero. De nuevo empezaremos la huida... ¿Cómo convencerles de que mi padre no quiere, por nada del mundo, trabajar para ustedes ni para nadie?

—A mí me ha convencido plenamente —dijo Del Río—. Pero falta que convenza a los otros.

—¿A qué otros se refiere usted? —preguntó Lotta.

—A los que mataron a Billy, a los que para eliminar la competencia, intentaron arrojarme al «Hoyo del Trueno»... A los que han volado la estación de radio con McDoan dentro... Se suele decir que Berlín es la ciudad del mundo que más espías tiene por kilómetro cuadrado, pero es porque no conocen Raramaui —comentó Del Río con amargo sarcasmo.

Durand estaba llegando a la aldea cuando ellos avistaron las primeras cabañas. Del Río detuvo el automóvil.

—Si viene a mí oficina —invitó Lotta—, le curaré la mejilla, señor

Durand.

—Gracias, señorita Carver. Kaya lo hará de buen grado. Después tomaré una botella y la liquidaré toda. Si no lo hago así, el susto me durará toda la vida.

Del Río hizo arrancar el coche nuevamente. Los indígenas formaban numerosos grupos que comentaban con temor el incidente. A la puerta de las oficinas, Del Río se despidió de la joven:

—No olvide hacerle esa recomendación a su padre —insistió.

Lotta le miró inquisitivamente.

—Usted ha dicho hace unos momentos que está convencido de la legitimidad de sus deseos. ¿Significa eso que, caso de que los otros se marchen o abandonen el caso, usted dejará en paz a mí padre?

—No —las manos de Del Río se crisparon sobre el aro del volante—. Prefiero serle sincero desde el primer momento, Lotta. No tengo valor para engañarla y luego darle una sorpresa desagradable. Cuando venga Darrell, me llevaré a su padre. Esas son mis órdenes y, créame, he de cumplirlas.

Lotta calló durante unos momentos. Su pecho palpitó tempestuosamente.

—Cuando menos, tiene usted la virtud de la franqueza —habló al cabo —. Pero yo también voy a serle franca, a fin de que no haya, como usted dice, sorpresas desagradables. Si intenta llevarse a mí padre, le mataré. ¡Buenos días, señor Del Río!

CAPÍTULO XI

Después de la destrucción de la emisora de radio, la aldea pareció entrar en una era de relativa normalidad. Para un observador normal, todo se desarrollaba con la clásica placidez de las islas.

Los nativos pescaban y se bañaban alegremente, como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, Del Río se daba cuenta con toda claridad de que el ambiente se espesaba día a día.

No ocurría nada aparentemente; pero era una sensación indefinible que le envolvía de pies a cabeza. Alguna mirada furtiva, alguna frase pronunciada a media voz o interrumpida bruscamente... Días atrás había estallado un volcán y no solo en sentido figurativo. El siguiente estallido, Del Río lo presentía por pura intuición, no podía tardar mucho en producirse.

—La aldea está tranquila, pero hierve bajo esa capa de tranquilidad.

Lotta asintió. Los dos, en traje de baño, estaban tomando el sol en las proximidades del «Chorro del Diablo». Después de dos o tres días sin verse, Del Río se había atrevido a citarla en el promontorio y, con gran sorpresa por su parte, la chica había aceptado.

—Los indígenas se muestran inquietos, en efecto —convino ella sosegadamente—. Sin embargo, no son ellos los que más sienten esta inquietud, sino nosotros, los pocos blancos que estamos en Raramaui.

Tenía un cuerpo espléndido, pensó Del Río. Lástima de las gafas que desfiguraban su rostro un tanto.

—Quítese las gafas —dijo, obedeciendo a un repentino impulso.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Quiero verle bien la cara. Esos lentes la afean mucho.

—Las necesito —adujo Lotta.

—¡Bab! Una mujer bonita no necesita nunca lentes. Aunque ahora hacen las monturas de modo que favorezcan la belleza, pero a mí me gustaron siempre las mujeres sin ese molesto adminículo.

—Pero necesario —ella levantó la mano y apartó las gafas de delante de sus ojos—. ¿Satisfecho?

Del Río sacudió la cabeza.

—De todas formas, con gafas y sin ellas, me gusta usted una barbaridad.

—No sea fresco —contestó Lotta sin alzar la voz—. Además, si cree que adulándome va a conseguir algo, se equivoca.

—Ya, ya me imagino que su «oferta» de matarme continúa en pie. Pero los fanáticos de la antigüedad que morían por su ídolo, lo hacían muy satisfechos, adorándolo en el momento de su muerte.

—Está de broma —la voz de la joven se tornó insegura de pronto.

—Hay cosas con las cuales no se puede bromear —afirmó Del Río—. Sin embargo, cambiaré de conversación, ya que parece ser que a usted no le agrada que siga por este camino. Dígame, ¿dio mi consejo a su padre?

—Sí. Y piensa igual que yo. Disparará a matar contra todo aquel que intente sacarlo de la isla. Por supuesto, sabe que tendrá que irse de aquí, pero procuraremos hacerlo de modo que nadie conozca nuestro paradero.

Del Río lanzó un suspiro.

—Esta profesión mía es terrible. Me gustaría trabajar en otra cosa, se lo aseguro.

—Todavía está a tiempo de cambiar —sugirió Lotta—. Yo no veo que sea un Matusalén.

—A veces, cuando uno piensa en las cosas que se ven en este maldito oficio, se siente como si tuviera cien o doscientos años en las costillas —se lamentó Del Río melancólicamente—. Siempre quiere uno dejarlo, pero entonces viene el jefe y dice: «¡Hola, Flash! Tengo un encarguito para ti», y uno acepta el encarguito... Y no siempre es de la clase que le permite conocer a chicas tan bonitas como usted.

—Le dije antes que no siguiera adulándome —respondió ella con acento severo. Pero Del Río se dio cuenta de que se sentía halagada.

—¿Cuándo llega ya la goleta? —preguntó él de pronto.

—Pasado mañana. Atracará entre nueve y diez de la mañana y zarpara al amanecer del día siguiente.

—Entiendo —murmuró Del Río. De pronto lanzó una exclamación—: ¡Eh! ¿De quién es ese artefacto?

Saltando y rebrincando sobre las olas, una canoa a motor, navegando a buena velocidad, se dirigía hacia la barrera de rompientes. Estaba tripulada por un solo hombre y la embarcación corría todo lo que podía dar de sí su motor.

—Pertenece a Kaya —respondió ella—. Yo la he usado algunas veces. Ese que la tripula ahora debe ser Cadogan.

—Extraño tipo —comentó Del Río.

—Sí. Se pasa el día bebiendo, sin trabajar, sin hacer nada... No sé de dónde puede sacar el dinero para sus gastos.

—De la caja que Darrell trajo en el avión y que usted transportó en su «jeep» el día de su llegada —dijo Del Río intencionadamente.

Las mejillas de la muchacha se colorearon.

—Eran libros. Darrell me rogó que se los entregase.

—Pero usted llevó la caja primero a su oficina.

—No se le escapa detalle, ¿eh? —dijo Lotta con sorna—. También venían un par de libros para mí.

—Supongo que, entre los que llegaron con destino a Cadogan, habría un «Manual de Destilación de Alcoholes».

Lotta sonrió.

—Es usted demasiado suspicaz, Flash —le llamó por su nombre por primera vez—. Cuando no anda haciendo el espía, ¿es así igual con las demás personas?

—Claro que no. Entonces soy un sujeto buenísimo. Pero ahora estoy empeñado en una dura partida —hizo una mueca—. No está bien el decirlo, pero me alegro que toda la dinamita se gastase en la estación de radio. De otra forma, estaría temiendo continuamente que alguien me pusiera un cartucho, cualquier noche, bajo la cama.

—Si hubiera rechazado la orden de venir a Raramaui... —se quejó Lotta.

—No podía hacerlo, y además, hubiese venido otro en mi lugar. El resultado habría sido poco más o menos el mismo. Es triste tener que decirlo así, pero su padre es una pieza importante, un objeto valioso del que muchas naciones están dispuestas a apoderarse al precio que sea y desechando todos los escrúpulos.

Lotta calló un momento. Del Río la observó de reojo.

El rostro de la joven aparecía contraído. Respiraba afanosamente y su esbelto pecho destacaba con firmes curvas bajo el negro tejido del traje de baño.

De pronto se puso en pie.

—Vámonos —dijo lacónicamente.

* * *

La tensión continuaba creciendo.

Del Río lo había visto durante la cena. Cosa rara, Cadogan estaba sereno y no se veía asomar por el bolsillo de su chaqueta el inevitable gollete de una botella de ginebra.

Durand comía en otra parte, mirando con ojos recelosos a todo el mundo. Fuera, en la aldea, se advertía un silencio espectral.

Moviéndose con cierta pesadez, Kaya se acercó a la mesa que ocupaba el joven.

—¿Qué tal la cena? —preguntó.

—Estupenda, Kaya.

—Lo celebro, señor Del Río. ¿Se marchará usted en la goleta?

La pregunta era casi una orden. Así lo entendió Del Río.

—Los viajes por mar me marean mucho, Kaya.

—Ahora da gusto viajar en una goleta —sugirió ella.

—Esperaré a que venga Darrell con su avión. También me mareo, pero al menos, son solo cuatro horas de mal rato. Si regresara en la goleta, me costaría cinco días de mareo continuo. Ni aun en el «Queen Mary» me atrevería a viajar por mar.

—De acuerdo —los ojos de Kaya se entrecerraron bruscamente y su rostro perdió toda amabilidad—. Pero no demore su partida más allá del próximo avión.

—Claro —respondió Del Río—. Aunque no me gustaría irme sin haber conocido a Vorsohn.

Kaya acusó el golpe. Sus labios se contrajeron de pronto.

—¿Para qué le quiere conocer? —inquirió hostilmente.

—Simple curiosidad. De vez en cuando viene al hotel, ¿no es eso? Hace varias noches, oí que Anaka le decía a usted que Vorsohn la esperaba en su oficina. ¿Por qué no me manda recado cuando venga a visitaría? ¿O prefiere que vaya yo a buscarle a su escondite en las montañas?

Del Río se daba cuenta de que estaba descubriendo gran número de sus cartas, pero al mismo tiempo, quería observar las reacciones de la mujer.

—No sabría encontrarlo —dijo Kaya con voz insegura.

—Es posible. De todas formas, tampoco tengo gran prisa por dar con él. Oiga, ¿por qué tiene usted tanto interés en Vorsohn?

El enorme seno de la mujer se agitó tempestuosamente.

—Eso no es cosa que le importe demasiado a usted —respondió agriamente—. Yo solo sé que Vorsohn vino a Raramaui en busca de paz y de tranquilidad, y que aquí la encontró hasta que una serie de hijos de perra, entre los cuales queda usted incluido, dieron en turbar su retiro. Y le advierto que si intenta algo contra él, le mataré como a un perro.

Del Río calló unos instantes. Miró a Kaya. Era una mujer grandota, fuerte, recia, menos fea de lo que parecía a simple vista y que, seguramente, debía tener un corazón tan grande como su pecho. Bajando la vista, divisó de pronto, entre los numerosos anillos que invadían los dedos de sus manos, una alianza matrimonial.

—Sentiría quedarse sin su esposo si yo me lo llevase, ¿no es cierto? —dijo de manera brusca.

Había sido una corazonada. Pero su disparo dio en el blanco.

—Sí —contestó ella con voz baja y concentrada, inclinándose hacia él —. Hassewohl, que aquí utiliza el nombre de Vorsohn, es mi marido. Le parecerá extraño; él, todo un científico de fama mundial, y yo la dueña de un hotel miserable, con sangre isleña en mis venas. Antes fui la propietaria de un establecimiento de peor reputación, no en Raramaui, por supuesto; pero eso no le importó a él en absoluto. Ni a mí, claro. Lo único que nos interesa a ambos es vivir en paz. El padeció mucho durante largos años. Es

hora ya de que se sienta feliz, ¿comprende? No quiero que reemprenda su vida errabunda y fugitiva. Dice que no quiere trabajar más en su oficio, que otros hombres han hecho maldito. Pues bien, no trabajará. Y estamos dispuestos a hacer cualquier cosa por evitarlo —sonrió duramente—. Tal vez mueran uno o dos para que él y yo vivamos tranquilamente, pero siempre es mejor que no que se lo lleven y hacerle trabajar para que un día puedan morir de un solo golpe millones de personas. ¿Ha comprendido, míster Del Río?

El joven calló un instante. Luego emitió una brillante sonrisa.

—Supongo que no me habrá envenenado la cena —dijo.

—No. Pero se la envenenaré si se queda aquí después de que haya llegado Darrell con su avión —declaró Kaya rotundamente. Y se fue, sin añadir una sola palabra.

CAPÍTULO XII

Había dos mujeres que defendían ardorosamente a Hassewohl. Cualquiera de ambas estaba dispuesta a llegar a límites extremos, con tal de asegurar la tranquilidad del científico.

Del Río estaba sentado en la cama, con las piernas extendidas y la espalda apoyada en la almohada, que había puesto en sentido vertical. La brasa de su cigarrillo aumentaba de intensidad cada vez que aspiraba una bocanada de humo.

Se preguntó qué haría Hassewohl si conseguía llevárselo. El científico estaba dispuesto a no trabajar más en su profesión. Era una manía suya, una especie de obsesión por la que, honradamente, no se le podía formular el menor reproche. Del Río se daba cuenta que llevarse consigo a Hassewohl, si lo conseguía, no resolvería nada. Hassewohl se negaría rotundamente a trabajar y no podrían obligarle a que lo hiciera.

Pero otros sí le obligarían. Había muchos medios para forzar la voluntad de una persona. Se preguntó si no tendría que intervenir para evitar que sucediese una cosa semejante.

Tiró el cigarrillo al suelo. Empezaba a sentir sueño. Llevaba más de dos horas dándole vueltas en su cabeza al asunto. La pega principal estribaba en llevar a Hassewohl hasta el avión. Este era un problema que todavía no había podido resolver.

Súbitamente, un leve crujido llegó a sus oídos. Miró hacia la puerta.

Parecía el ruido de una tabla al ceder bajo el peso de una persona. Del Río se enderezó.

Un poco de resplandor lunar penetraba por la ventana, aliviando ligeramente la total oscuridad en que se hallaba sumida la estancia. A favor de dicho resplandor pudo ver que la puerta se abría muy lentamente.

Tenía el revólver al alcance de la mano; nunca dormía sin haber tomado esa precaución. Pero, si era posible, procuraría no hacer ruido.

Sacó la almohada de detrás de su espalda, manteniéndola no obstante, al alcance de su mano. La silueta de un hombre se dibujó contra el vano de la puerta.

El intruso cerró con el mismo cuidado que había abierto. Luego avanzó hacia el lecho. Algo brilló siniestramente en su mano derecha.

Se acercó a la cama. Del Río le contemplaba a través de una ligerísima ranura de sus párpados.

El hombre levantó la mano, disponiéndose a asestar el golpe. El

cuchillo bajó con fuerza.

La almohada, colocada bruscamente ante el pecho del supuesto durmiente, contuvo la potencia del golpe. El intruso emitió un gruñido de sorpresa.

Pero no había soltado el cuchillo. Rehaciéndose, trató de buscar otro punto para atacar con mayores posibilidades de éxito.

Del Río le tiró la almohada a la cara. El asesino gruñó por segunda vez. Retrocedió un paso y se tambaleó. Del Rio saltó de la cama.

—No se mueva —intimó—. Le estoy apuntando con un arma y dispararé a matar, si es preciso.

El otro no hizo el menor caso. Estaba ciego de cólera por el fracaso de su primera intentona y ahora quería llevar a cabo su acción, de la forma que fuera. Saltó otra vez hacia Del Río y le asestó una tremenda cuchillada. Del Río la paró, alzando su mano y aferrando la muñeca armada.

Una rodilla le golpeó brutalmente el bajo vientre. Del Río creyó que le traspasaban los intestinos con un hierro al rojo vivo. El instinto le dijo que, bajo ningún concepto, debía soltar la muñeca de su antagonista. Lo que sí hizo fue dejar el revólver y agarrarse con la otra mano a su enemigo. No quería matarle; le interesaba vivo.

El otro volvió a golpearle. Del Río empezó a caer. Ahora, sus dos manos estaban fuertemente aferradas al brazo derecho del asesino. Giró sobre sí mismo mientras se desplomaba al suelo, arrastrando consigo al intruso, sin que este pudiera evitarlo.

Al hacerlo, el brazo del asesino se torció. Del Río tocó el suelo con las espaldas. Una décima de segundo después el intruso caía sobre él. Entonces sonó un atroz gemido.

El cuerpo que tenía sobre sí sufrió una terrible sacudida. Después, su ladeó y quedó en el suelo a su lado.

Del Río se incorporó rápidamente y empezó a buscar el cuchillo. Cuando lo encontró, sintió que un sudor frío le invadía la frente.

El cuchillo estaba clavado hasta el mango en el pecho del sujeto, un poco oblicuamente debido a la postura de la mano que lo empuñaba en el momento de vencerse sobre Del Río. Pero sus efectos habían sido tan mortales como si hubiese penetrado perpendicularmente en la carne.

Durante unos segundos, Del Río permaneció arrodillado junto al cadáver, completamente perplejo, sin saber qué hacer. Luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de su pijama y sacó fósforos.

Encendió uno. Lo apagó de inmediato, más desconcertado todavía.

Hubiera supuesto como algo lógico el haber sido atacado por un isleño, pagado sin duda por alguno de sus rivales, pero nunca se hubiera sentido capaz de imaginar que fuese el propio Cadogan el que intentara apuñalarle. Esto no tenía sentido... A menos que el dinero, pródigamente empleado por

alguien, le hubiese convencido de usar el puñal contra él.

Pero no podía tener el cuerpo de Cadogan continuamente en su cuarto. ¿Había sido Kaya la que, mediante la promesa de una temporada de borracheras gratis, había convencido a Cadogan de que debía asesinarle?

Era una posibilidad que convenía tener en cuenta. Pero el cadáver de Cadogan no debía permanecer en su dormitorio un solo minuto más de lo absolutamente necesario.

No sentía escrúpulos de conciencia por lo que había hecho. A fin de cuentas, se había limitado a defender su vida. Él no había atacado el primero y por otra parte, nunca había tenido la intención de, para cumplir la misión asignada, ir pegando tiros a diestro y siniestro. Por el contrario, encomiendas como la suya requerían una buena dosis de discreción y una muerte violenta era siempre una cosa escandalosa.

Poniéndose en pie, se acercó a la ventana y la abrió. Luego regresó al centro de la estancia y tomó el cadáver de Cadogan en brazos. Lanzó el cuerpo a su través y se estremeció al escuchar el golpazo del choque. Inmediatamente cerró y regresó al lecho.

Esperó durante quince minutos, sin que se percibiera el menor ruido. Entonces encendió la luz.

Había algunas manchas de sangre sobre el suelo, en el punto donde Cadogan había caído. Empleó una toalla para hacerlas desaparecer y luego lavó la toalla en el lavabo. A la mañana siguiente estaría ya seca.

Apagó la luz y se tendió en el lecho. Durmió hasta bien entrada la mañana.

Cuando se despertó, lo primero que hizo fue abrir la ventana y asomarse. La tranquilidad más absoluta reinaba en la aldea.

En el suelo de la calle no había ni señales de la caída del cadáver. Sonrió sin poderse contener. Quienquiera que hubiese empleado a Cadogan, se había encargado de hacer desaparecer su cuerpo. «Las cosas tienen que hacerse con discreción», díjose.

Bajó a desayunar. El comedor estaba solo. Después de que Anaka le hubo traído los huevos con jamón, le dijo que llamase a la dueña.

Kaya compareció después, precedida de su inseparable cigarro.

—Siéntese, señora Hassewohl —invitó el joven.

Kaya le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó con un gruñido.

—Usted dijo ayer que sería capaz de matarme antes de permitir que me llevase a su esposo.

—Cuando digo una cosa, la sostengo —rezongó la dueña del hotel—. ¿Y qué?

—¿Piensa matarme en persona o por delegación?

Los ojos de Kaya brillaron súbitamente.

—No me gustan los enigmas —masculló—; nunca he tenido paciencia para resolverlos.

—Se lo diré de una vez. ¿Cuánto tiempo prometió a Cadogan que tendría gratis su bebida? ¿O fue dinero lo que le pagó por acuchillarme anoche, mientras dormía?

Hubo una pausa de silencio.

—¿Pretende decirme que he contratado a Cadogan para que le liquide? —exclamó Kaya al fin.

—Exactamente. Usted... y ¿quién sabe también si su hija política, la encantadora señorita Lotta Carver?

—Está loco —barbotó la mujer—. ¿Cómo se le puede ocurrir semejante estupidez? ¡El día que le quiera matar, cogeré uno de los rifles que tengo por ahí y le meteré diez tiros en el cuerpo; sépalo de una vez, señor Del Río!

Y sin añadir una sola palabra más, Kaya se puso en pie y se marchó, dejando a Del Río con la boca abierta de par en par.

Pasaron algunos minutos. Del Río continuó desayunando. Kaya parecía sincera.

Entonces, si no había sido ella, ¿quién diablos había empleado a Cadogan?

¿Lotta?

El humo del cigarrillo no aclaró precisamente sus ideas. Se levantó de la mesa, bastante desorientado.

Durand estaba sentado en la veranda.

—Hola —saludó.

Del Río levantó un poco la mano para corresponder.

—¿Qué tal lo pasa por Raramaui? —preguntó Durand.

—Algo aburrido. Aunque tranquilo, eso sí.

—A mí me fastidia tanta tranquilidad. Hombre, no digo que unos días no le sienten bien a uno, pero al cabo del tiempo se sienten deseos de ver algo más que palmeras, nativas y las rompientes. Sí, señor; para mí ya ha acabado la holganza.

—No entiendo —dijo Del Río, tratando de sonsacar al individuo.

—Pues está bien claro. Mañana llega el capitán Johansson con su cascajo y yo me largo con él.

—Yo esperaré a que vuelva Darrell con su aeroplano.

—A mí me gusta más viajar por mar. Además, el aeroplano me da vértigo —confesó Durand.

Del Río lanzó una sonrisa.

—Yo no puedo soportar los viajes por mar. Creo que a las pocas horas me moriría de tedio. Y le aseguro que el avión tampoco me hace demasiada gracia, pero, al menos, tiene el mérito de la brevedad.

—En eso tiene usted razón —convino Durand cortésmente.

Del Río tiró el cigarrillo.

—Bien, voy a darme un paseo. Me gusta ver «El Chorro del Diablo». Es un bonito espectáculo.

Caminó perezosamente, sintiendo sobre sí la caricia de los rayos del sol. A poco, divisó a dos isleños que conducían una gran caja sobre una carretilla. La caja tenía unos dos metros de larga, por casi uno de lado, ya que era de sección aproximadamente cuadrada.

Los nativos se detuvieron delante del abarrote de Huan-Tsu, el cual salía en aquellos momentos a la puerta de su establecimiento. Huan-Tsu divisó al joven y le dirigió una cordial sonrisa, a la vez que le hacía una educada reverencia.

Del Río contestó quitándose el sombrero un instante. Vio que los isleños transportaban la caja al interior del local, y sin preocuparse más del incidente, continuó su camino.

Unos metros más allá divisó a Lotta, que le miraba desde el otro lado de la ventana de su oficina. No era preciso ser un lince para captar la silenciosa llamada que le dirigía la joven.

CAPÍTULO XIII

Lotta Carver vertió parte del licor de una botella en dos copas y le ofreció una al joven. Al alcance de su mano, tenía un cuenco con cubitos de hielo.

—Póngase a su gusto —indicó.

Del Río echó tres pedazos de hielo en su vaso. Agitólo un poco y tomó un sorbo.

—Estupendo —alabó.

—Gracias —dijo ella—. También le agradezco que haya entrado a verme.

—No presumo de sicólogo, pero me pareció que usted quería decirme algo, Lotta.

La joven parecía bastante nerviosa.

—Esta noche... Esta madrugada, mejor dicho, he visto algo que me ha preocupado bastante. Me desperté antes de hora y me levanté para buscar cigarrillos. Oí rumor de voces en la calle y miré a través de la ventana. Entonces vi a dos hombres que transportaban en brazos a un tercero —hizo una pausa—. Era Cadogan.

—¿Y los otros dos hombres?

—Isleños, sin lugar a dudas.

—¿Sabría reconocerles?

—No. Si reconocí a Cadogan fue por sus ropas. Los otros iban desnudos de cintura para arriba y ya sabe usted que los nativos tienen la piel bastante oscura. Por otra parte, la luna estaba ya por bajo de las copas de los árboles y la luz era muy deficiente. ¿A dónde llevaban a Cadogan? Era un borrachín, pero nunca había visto que le sucediera una cosa semejante.

—Supongo que se lo llevarían a enterrar —dijo Del Río, contemplando pensativamente el fondo de la copa.

Lotta se estremeció fuertemente.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Anoche entró en mi habitación, con ánimo de apuñalarme. Luchamos y él llevó la peor parte. Luego arrojé su cuerpo por la ventana. Los hombres que vio transportando su cuerpo debieron esperarle un buen rato. Cuando advirtieron que no regresaba, salieron en su busca y se lo encontraron muerto. Así ha debido suceder... después de nuestra pelea, claro.

Lotta le contemplaba con los ojos abiertos de par en par. Su rostro tenía

la blancura de la blusa, bajo la cual palpitaba su pecho aceleradamente.

Del Río le entregó el vaso.

—Tome un buen sorbo, esto la ayudará a recobrarse. Sí —añadió—, así ha sucedido la cosa, y créame, nada más lejos de mi ánimo que darle la impresión de que soy un matón. Todo lo contrario; me habría gustado enormemente atraparlo con vida para obligarle a hablar.

—Pero... ¡Pero esto es horrible! —dijo Lotta con voz desfallecida—. ¿Cómo puede ser mi padre tan importante que haya hombres dispuestos a perder la vida por secuestrarle?

—De otros hombres, no sé —respondió Del Río—. En lo que se refiere a Cadogan, me imagino que la perdió por la perspectiva de beber gratis durante una larga temporada. He insinuado tal posibilidad a la señora Hassewohl, más conocida por Kaya-Tui, y ha negado rotundamente que ella fuese autora de la propuesta.

El asombro de la joven creció de punto al escuchar las palabras de Del Río.

—Así que se ha enterado de que Kaya es la segunda esposa de mi padre.

—Acabé por adivinarlo y ella no lo negó. ¿Le importa a usted mucho que su padre se haya casado con una isleña mestiza?

Lotta sacudió la cabeza.

—El aspecto externo de Kaya, sus gestos y su forma de hablar no corresponden realmente a la enorme bondad de su corazón —dijo—. Mi padre encontró en ella el cariño que había buscado tanto tiempo y que una hija no puede dar, por mucho que lo intente. Son felices, ¿qué otra cosa puedo ambicionar para los dos? Y —añadió— si ella le dijo que no había empleado a Cadogan para apuñalarle, es que dijo la verdad.

—Entonces, ¿quién ha sido?

Lotta se pasó una mano por la frente con gesto cansado.

—¡Qué sé yo! —exclamó desanimadamente—. Solo sé que mi padre es una pieza muy codiciada, pero que no está dispuesta a dejarse cazar, por más empeño que todo el mundo ponga en la empresa.

—Kaya dijo que me mataría, si era preciso. Lo mismo que usted.

—Ninguna de las dos permitiremos que mi padre suba al avión de Darrell —declaró Lotta, mirándole fijamente a la cara.

—Puedo llevármelo en la goleta —apuntó Del Río—. El capitán Johansson llega mañana.

—Tampoco subirá usted a bordo, a menos que lo haga solo.

Del Río guardó silencio durante unos momentos.

—Me está poniendo usted en un verdadero compromiso —se quejó.

—Defiendo a mí padre. Él no quiere trabajar más en esos diabólicos artefactos —manifestó Lotta acaloradamente—. Tiene pleno derecho a que

se respeten sus decisiones.

—Sí —suspiró él—, en eso tienen toda la razón del mundo. Por mí parte, no habría inconveniente. Pero creo que hay otros que piensan de una manera muy distinta.

—En vista de lo cual, y puesto que si usted no lo hiciera, los otros sí lo harían, tratarán de llevarse a mí padre.

—La triste realidad es esa y no podemos desfigurarla, por más que nos empeñemos en todo lo contrario, Lotta.

—Usted —sugirió ella de pronto— podría regresar y decir que el profesor Hassewohl no ha estado jamás en la isla.

Del Río calló durante un instante.

—Es que todos los indicios señalan que su padre vino a Raramaui.

—Diga que se marchó hace tiempo.

—¿Y Mellon, el administrador? ¿Callará que Vorsohn sigue en la isla?

Lotta se mordió los labios.

—Pero él no sabe que Vorsohn es mi padre —alegó.

—Por supuesto. Pero pueden interrogarle y acabarán sabiendo que en la época en que se supone se marchó su padre, no salió ningún hombre de la isla, de sus características personales.

—Entonces no le queda otro remedio que insistir en que la pista que le trajo aquí está equivocada. El que llegó a Raramaui es Axel Vorsohn. Si usted informa en ese sentido, dejarán de buscar a mí padre en Raramaui.

Del Río sacudió la cabeza.

—Créame que lo siento —dijo—. No puedo hacer tal cosa.

El busto de la muchacha se dilató tempestuosamente.

—Nos obliga a dejar Raramaui —manifestó—. Pero ya procuraremos que no se entere a dónde nos dirigimos. Kaya buscará el medio de tenerle inmovilizado durante una buena temporada, hasta que esté segura de que no nos encontrará jamás a los dos. Ella es muy respetada en Raramaui y casi todos los isleños, por no decir todos, obedecen sus órdenes sin discusión.

Del Río terminó su copa y la dejó sobre la mesa.

—Es una lástima, una terrible lástima —dijo quejumbrosamente—. Sí, al menos, el profesor no hubiese tenido ninguna hija... Mi labor se haría mucho más fácil, créame.

Dio media vuelta y salió en silencio del despacho.

Estuvo largo rato en las inmediaciones del «Chorro del Diablo», contemplando la alternativa salida del líquido pulverizado, cada vez que una ola penetraba en la caverna sumergida. Mientras tanto, su mente trabajaba con gran actividad. Seguía buscando, y no lo encontraba, el medio de llevarse a Hassewohl de la isla.

Los nativos se pondrían en contra suya. El dinero no le serviría en

absoluto.

¿Qué tal una insinuación a Huan-Tsu? El chino era, ante todo, un comerciante y no haría ascos a un par de miles de dólares. Le desagradaba tener que actuar así, pero estaba viendo que no le quedaba otro remedio.

Había un inconveniente y era que, en tal caso, no podría llevarse al profesor en el avión de Darrell. La goleta era un medio que no podía utilizar; cuando se enterasen de la desaparición de Hassewohl, las dos mujeres emplearían la canoa a motor y les darían alcance en poco tiempo. Incluso llevarían algunos isleños consigo, dispuestos a todo.

Puesto que su intento de enviar el mensaje había fracasado, solo le quedaba una solución: Prolongar su estancia en la isla. Enviaría una carta por mediación de Darrell, solicitando un avión que llegase por la noche... Un hidroplano sería mucho más conveniente. Se imaginó la furia y el dolor de las dos mujeres —furia en Kaya, dolor en Lotta—, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Regresó al hotel muy deprimido. Se preguntó si existía una Ley que permitiese semejantes desafueros. Hassewohl quería vivir en paz. ¿Por qué no se le permitía? ¿Por qué se le obligaba a trabajar en algo que detestaba?

De pronto, vio a Durand que entraba en el abarrote del chino. Una súbita idea se le ocurrió de pronto.

Durand se había mostrado siempre como un tipo indiferente, parco en palabras, aunque amable en todo momento. ¿Y si era él el autor de todos los desaguisados que se habían producido en la isla?

* * *

Dos horas más tarde regresó a su habitación, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo.

Durand no era ningún agente secreto. Hasta donde alcanzaba su experiencia, podía permitirse el lujo de hacer tal afirmación. Claro que podía haber hecho como él; disimular su apariencia y utilizar una falsa documentación. Flash Del Río no era siquiera su nombre verdadero... hasta cierto punto; su madre sí era una Del Río. Pero le daba en la nariz que, de haber sido Durand un agente secreto, habría encontrado en su equipaje algo comprometedor.

Entonces, ¿qué hacía aquel sujeto en Raramaui? Posiblemente sus intenciones eran auténticas: Pasar una simple temporada de descanso en la isla. Quizá le estaba achacando ideas que no eran sino fantasía de su acalorada imaginación, aún más sobreexcitada por los acontecimientos de los últimos días.

Desechado Durand como posible implicado en el asunto, empezó a elaborar un plan factible de llevar a la práctica. Tendría que buscar una

excusa para quedarse algunos días más, en lugar de partir con Darrell, como había anunciado. Luego, hablaría con Huan-Tsu y...

Después de cenar, se tendió a dormir, no sin antes haber tomado todas las precauciones posibles para no ser sorprendido en mitad del sueño. Pero estaba escrito que no iba a poder dormir toda la noche.

Pasado un buen rato, unos golpes en la puerta le despertaron. Los golpes se repetían con ritmo de singular rapidez.

Saltó de la cama, con el revólver en la mano, y se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, colocándose a un lado, a fin de prevenir un posible balazo como respuesta.

—Lotta. Abra, por favor, es muy urgente.

Del Río dudó unos instantes. Luego alargó la mano izquierda e hizo girar la llave en el pomo. Cuando se abrió la puerta, pudo ver que Lotta no venía sola, sino que Kaya entraba también con ella.

Kaya cerró la puerta, mientras Lotta dejaba escapar una frase que golpeó la mente de Del Río con la violencia de un disparo de fusil:

—¡Flash, mi padre ha desaparecido!

CAPÍTULO XIV

Kaya buscó el interruptor y encendió la luz. Pendiente del techo, el ventilador soplaba aire hacia abajo, pero a Del Río le pareció que hacía una temperatura de infierno.

—¿Está segura, Lotta? —preguntó.

—Positivamente —contestó ella—. Esta tarde fui a verle a su escondite y no estaba.

—En «El Hoyo del Trueno», supongo —indicó el joven.

—Tenía una cueva a pocos metros, cuya entrada estaba muy bien disimulada —explicó Lotta—. La cueva había sido acomodada para que pudiera pasar algunos días sin necesidad de socorros de ninguna clase. Cuando yo llegué, estaba todo en desorden, como si se hubiese producido una lucha.

—A él no le gustó la idea de que lo secuestrasen y se resistió —rezongó Kaya, con los ojos llameantes—. Pero si lo hizo usted, juro que le arrancaré el corazón con mis manos y se lo echaré a los tiburones.

Del Río volvió los ojos hacia Kaya.

—En todo el día me he movido de las cercanías del hotel —manifestó tranquilamente. De pronto, ex clamó—: Mañana llega el capitán Johansson.

—Hoy. Son ya las tres de la madrugada —indicó Kaya.

—¿Por qué han venido a verme a mí? Ustedes dos saben perfectamente que mi deber es llevarme al profesor.

—Hay alguien que se le ha anticipado y lo tiene ya secuestrado, en espera de embarcarlo en la goleta del capitán Johansson —exclamó Lotta —. Pero no sabemos quién puede ser.

Del Río se pellizcó los labios un momento.

—Así que ustedes suponen que, el que sea, piensa embarcar al profesor en la goleta.

—¿Y de qué otra forma podrían llevárselo de aquí? —exclamó Kaya—. Seguramente, lo tienen bien atadito, amordazado... o quizá narcotizado, y mañana, cuando se haga la carga de la copra y del coral, una caja subirá a bordo de la goleta. Mi esposo irá en esa caja.

—Entonces, solo nos queda vigilar el momento del embarque —sugirió Del Río.

—No —contradijo Lotta—. No tendríamos la seguridad de que fuese tal o cual caja y Johansson, con toda razón, se negaría a permitirnos su apertura.

—¿Creen ustedes que Johansson acceda al secuestro?

—Es un pirata. Por quinientos dólares amarraría un cabo a Raramaui y trataría de llevarse la isla a remolque.

—De todas formas —murmuró Del Río pensativamente—, no creo que se meta en demasiados jaleos. Tengan en cuenta que debe pensar en su patente de capitán y que si se la retirasen, perdería el negocio.

—Bueno, tal vez le hayan dicho que solo se trata de una caja con una carga cualquiera —opinó Kaya—. No es necesario que esté complicado en el asunto; con cobrar el importe del flete es suficiente para él.

—Sí, pero ¿dónde diablos está la caja? —exclamó Lotta, cuyo nerviosismo era bien patente.

De repente, algo chispeó en la memoria de Del Río.

—Una caja —repitió—. ¡Claro! ¿Cómo no lo he sabido ver antes? ¡Se necesita ser estúpido! Salgan afuera y esperen a que me haya vestido. En estos momentos —afirmó—, sé dónde se encuentra el profesor.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Lotta, con ojos brillantes.

—Si este mediodía hubiese hecho funcionar mi supuestamente brillante cerebro, el autor de todos estos desaguisados estaría ya fuera de combate y el profesor en libertad. Salgan, por favor.

Las dos mujeres abandonaron la habitación. Del Río se vistió rápidamente y se echó el revólver al bolsillo, junto con la linterna. A continuación descendió al vestíbulo, donde ya le aguardaban Lotta y Kaya.

—Espérenme aquí y no se muevan hasta que haya regresado. Kaya, ¿tiene usted a mano algún narcótico?

—Por supuesto. Los huéspedes, a veces, piden alguna tableta somnífera...

—Es suficiente. Tenga a mano el somnífero para cuando regrese con el profesor.

Lotta le agarró por un brazo, a la vez que le dirigía una mirada suplicante.

—¿Es cierto que traerá a mí padre?

—Voy a intentarlo. Y creo que tengo todas las posibilidades de conseguirlo. Pero no olvide que soy un hombre y puedo errar.

—Usted acertará —gruñó Kaya—. Y yo se lo agradeceré mientras viva.

—No está hablando en serio —dijo Del Río.

—¿Por qué? —inquirió la dueña del hotel.

—Tengo que llevarme al profesor. ¿O se ha olvidado ya de ese detalle tan importante?

Kaya emitió una ladina sonrisa. Sus ojos se volvieron hacia Lotta, que estaba parada a su lado.

—¡Hum! —fue todo lo que dijo.

Del Río comprendió la intención de la mujer y se sonrojó. A fin de

evitar prolongar la escena, giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas.

Caminó pegado a los muros de bambú de las cabañas, hasta llegar a las inmediaciones del abarrote de Huan-Tsu. Parecíale mentira no haber adivinado hasta entonces que solo el chino podía ser el autor de todo lo ocurrido.

Huan-Tsu se había establecido en la isla, no precisamente a causa de Hassewohl, sino formando parte de una bien tramada red que cubría gran parte del Pacífico y del continente asiático. Pero, de algún modo, estimaba él, Pekín se había enterado de la presencia en Raramaui del profesor y le habían dado orden de capturarlo. O quizá lo había sugerido el propio Huan-Tsu, vista la importancia de los servicios que Hassewohl podía rendir.

Había sido un golpe de gran astucia denunciar la desaparición de la dinamita, que había servido para volar la estación de radio. La isla estaba incomunicada y lo estaría durante una temporada, hasta que Huan-Tsu hubiese conseguido sus propósitos. Después, cuando se reconstruyese la estación de radio, ya no serviría para nada excepto para las comunicaciones de rutina. Se preguntó cómo no había sabido verlo antes.

Subió cautelosamente los escalones que conducían a la veranda. La puerta estaba cerrada. No le importó; tenía medios para abrirla.

Poco después se había abierto paso. Una tabla crujió levemente bajo sus pies y se detuvo para escuchar. Dejó pasar cinco largos minutos, antes de convencerse de que nadie había oído el ruido.

Sacó la linterna y paseó el haz de rayos por la tienda. No tardó mucho en divisar la caja alargada, situada a pocos pasos de la puerta.

Se acercó a la caja, examinándola con más atención. Entonces divisó en ella una serie de agujeros que confirmaron sus primeras hipótesis. Se disponía a forzar la cerradura, cuando oyó ruido muy cerca.

Apagó la linterna y se agazapo en el suelo, al otro lado de la caja, con el revólver a punto. La silueta de un hombre apareció inmediatamente en su campo visual.

El hombre se acercó a la caja con paso tranquilo y se sentó en la tapa. No era Huan-Tsu, sino uno de sus esbirros, el cual debía tener encomendada la vigilancia de la caja. El isleño sacó cigarrillos y fósforos y prendió uno.

Del Río aprovechó el momento de distracción para saltar sobre él y golpearle en la nuca. El isleño se desplomó fulminado, sin enterarse siquiera de lo que le había sucedido.

Tranquilo por el momento, Del Río examinó cuidadosamente la tapa de la caja, hasta que encontró una cerradura, que forzó con ayuda de su navaja. Levantó la tapa y encendió la linterna.

Los ojos de un hombre, cuyos labios estaban sellados por un trozo de

cinta adhesiva, le contemplaron con temor no disimulado. Del Río se inclinó sobre el yacente y susurró:

—No tema, profesor Hassewohl —dijo—. He venido a salvarle.

El científico tenía ligados pies y manos. Del Río cortó sus ligaduras con ayuda de la navaja y luego le ayudó a sentarse en el suelo de la caja.

—Cuando tenga las manos en condiciones, quítese usted mismo el esparadrapo de la boca. Pero procure estar listo pronto; hemos de irnos cuanto antes.

Hubiera cargado él mismo con el profesor, pero no quería hacerlo, ya que tenía pensado llevarse también al indígena. Unos minutos más tarde, Hassewohl se puso en pie. Ya se había quitado la mordaza.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Este no es el momento de hacer preguntas. Salga, pronto.

Del Río se inclinó y cargó con el cuerpo inconsciente del indígena. A continuación, los dos hombres salieron del abarrote.

Momentos más tarde llegaban al hotel. Las dos mujeres se precipitaron a una sobre el profesor, riendo y llorando casi histéricamente.

Del Río lanzó sobre un sillón el cuerpo inconsciente del isleño.

—Kaya, déjese ahora de efusiones y mire a este tipo. ¿Le conoce?

La dueña del hotel dejó escapar una interjección de grueso calibre.

—¡Ese condenado Moa-Nu! —gruñó—. Trabajaba para Huan-Tsu.

—Estaba vigilando la caja donde se hallaba encerrado el profesor —manifestó Del Río—. Me interesaría que, cuando despierte, y procure que sea pronto, le haga saber que debe continuar con su ficción, como si nada hubiese ocurrido. ¿Cree usted que podrá hacerlo de tal modo que no nos traicione cuando se encuentre con Huan-Tsu?

—Por supuesto que sí —respondió Kaya con gran vehemencia—. Y le arrancaré el pellejo a tiras si no lo hace.

—A mí me gustaría saber quién es este individuo —dijo el profesor en aquel momento.

—Su hija se lo explicará, profesor —contestó Del Río—. Kaya, ¿dónde tiene el somnífero? Tráigame también un vaso de agua.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó Lotta, intrigada.

—La caja no puede ser embarcada vacía —sonrió el joven—. Y como, de todas formas, el flete está pagado y hay una persona que quiere abandonar la isla, vamos a hacer que todo eso se realice a satisfacción de los interesados.

—¿Quién es el que se quiere marchar? —preguntó Lotta.

—Durand.

—No entiendo —dijo ella.

Kaya llegaba en aquel momento con el agua y las tabletas somníferas. Del Río destapó el tubo, vertió tres en el líquido y lo removió hasta que se

hubieron disuelto por completo.

—Esperen aquí —dijo—. Kaya, usted encárguese de despertar a... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Le borraré el nombre si no hace lo que yo le diga —declaró rabiosamente la dueña del hotel, dirigiéndose hacia el isleño desmayado.

CAPÍTULO XV

Durand abrió los ojos desmesuradamente cuando, al despertarle la luz de su cuarto recién encendida, vio a Del Río frente a sí, con un vaso de agua en la mano y un revólver en la derecha.

—¿Qué... es lo que pretende? —balbuceó, aterrado.

—Solo una cosa: Hacerle beber este vaso de agua. No tiene ningún veneno, se lo aseguro formalmente. Es un simple narcótico que le hará dormir diez o doce horas.

—Pero... ¿por qué he de tomarlo? —preguntó Durand, cuyo susto continuaba, a pesar de las manifestaciones de Del Río.

—No se preocupe usted, señor Durand —respondió el agente—. Ahora, después que haya ingerido el narcótico, le pondré mil dólares en el bolsillo de su pijama. Esto es por las molestias que le vamos a causar y también para que guarde silencio, y cuando le interroguen, diga que no sabe nada. Creo que mil dólares es una suma que compensa de un sueño a la fuerza, ¿no la parece?

—Esto es una locura. Yo tengo que irme en la goleta del capitán Johansson que llega hoy —protestó Durand—. Si tomo ese narcótico... Usted dice que lo es, pero ¿quién me asegura que no se trata de otra cosa?

—Le garantizo que es un narcótico —dijo Del Río con acento lleno de solemnidad—. Y si no se fía de mí, llamaré a Kaya. Ella corroborará mis palabras sin lugar a dudas.

La resistencia de Durand empezó a cuartearse.

—¿Dice usted que mil dólares?

—Ni uno menos, señor Durand.

El individuo vaciló todavía algunos segundos, pero acabó alargando la mano hacia el vaso. Al terminar, hizo una mueca de asco.

—¡Podía haberle echado un poco de azúcar! —se quejó.

Del Río se echó a reír.

—¿Cree que mil dólares no endulzarán ese trago? —exclamó. Guardó el revólver y metió la mano en el bolsillo, del que sacó un rollo de billetes; que arrojó sobre el regazo de Durand.

—Cuéntelos, se lo ruego.

Unos momentos después, Durand decía:

—Conforme —sonrió—. Cada vez que tenga ganas de darme un narcótico, por este precio tomaré uno cada semana.

—Esta oportunidad se presenta solamente una vez en la vida —aseguró

el joven muy serio. Y añadió—: El somnífero empezará a hacer sus efectos en dos o tres minutos. Vístase antes de que sea tarde, por favor.

Durand se puso la chaqueta diez segundos antes de empezar a caerse al suelo. Del Río lo recogió en sus brazos, evitándole un golpe seguro, y luego se lo cargó al hombro.

Descendió cautelosamente al vestíbulo. Cuando bajó, escuchó el sonido de unas bofetadas. Kaya se las entendía en aquellos instantes con el auxiliar de Huan-Tsu.

El indígena había despertado y sollozaba agudamente, cada vez que recibía una de aquellas monumentales bofetadas, que sonaban como latigazos. Kaya movía sus manos, mordiendo el puro con rabia, a la vez que imprecaba ruidosamente al isleño.

—Basta, basta —se rindió por fin el individuo—. El otro que me ayudó es Ua-Teka.

Kaya suspendió el castigo. Volvió los ojos hacia Del Río, quien estaba parado al pie de la escalera, con el cuerpo inerte de Durand sobre los hombros.

—¿Se resistió mucho? —preguntó.

—No. Acabó por aceptar —sonrió Del Río—. El trato era bueno.

—¿Quiere que le acompañe? —se ofreció Lotta, avanzando un paso hacia él.

—Gracias. Prefiero ir solo. Hay cosas en que no es conveniente la compañía. Volveré pronto.

—¿No teme que descubran el cambio? —sugirió ella temerosamente.

—Ahora ya sé quién es y le he mellado los dientes —contestó Del Río en tono convencido—. No podemos probar sus crímenes, pero recibirá la presión suficiente para verse obligado a abandonar Raramaui.

Los ojos de Lotta parecían cubiertos de sombras.

—Pero usted sabe que mi padre está en la isla.

—No veo cómo borrar ese hecho de mi memoria —contestó él—. Lo siento; se me hace ya tarde. Hasta luego.

Cruzó el vestíbulo y salió a la calle, deteniéndose unos instantes al pie de la veranda. Miró a derecha e izquierda.

La calle estaba completamente desierta. Ya no había luna y apenas si se distinguía la faja negra que era el mar en aquellos momentos, festoneado de blanco en la parte de la costa. El ruido de las rompientes sonaba con incesante monotonía.

Corrió a lo largo de la calle, dirigiéndose al abarrote. Subió la escalera y abrió la puerta, cerrando inmediatamente. Arrodillándose, descargó el cuerpo de Durand en el suelo.

Sacó la linterna y presionó el interruptor; la dejó apoyada sobre una caja de embalaje, de modo que su haz de rayos incidiera sobre la cerradura

del cajón destinado a sacar al profesor de la isla. Levantó la tapa y luego regresó junto a Durand.

No era un hombre de excesivo peso, por lo que le resultó relativamente fácil alzarlo de nuevo y depositarlo en la caja. Bajó la tapa y se dispuso a dejar le cerradura como estaba. Entonces se encendió la luz.

—Señor Del Río, permanezca dónde está. Me imagino —sonó la fría voz de Huan-Tsu —que tendrá un arma por los bolsillos. No intente sacarla; llegaría antes mi bala. Y sin ruido, puedo asegurárselo.

El joven se quedó inmóvil, arrodillado como estaba, con las manos apoyadas en la tapa del cajón. Hubiera sido demasiada suerte, se dijo, esperar el fin de la operación sin ningún incidente.

—Póngase en pie —ordenó Huan-Tsu—. Dese la vuelta y, recuerde, tengo el dedo sobre el gatillo.

—De acuerdo —suspiró Del Río.

Se incorporó y giró lentamente, quedando con las manos a la altura de los hombros. Huan-Tsu se hallaba a cinco o seis pasos de distancia, armado con una pistola dotada de silenciador.

—Cuando vendo una mercancía —dijo el chino—, me gusta que el comprador reciba lo acordado en el trato. Detesto las falsificaciones.

—No lo dirá por los idolillos *made in Hong-Kong que* vende —contestó irónicamente el joven.

—Hablo de mercancías de gran valor y usted me entiende, señor Del Río —manifestó Huan-Tsu, impasible—. Yo enviaba algo en esa caja y usted, hablando en términos vulgares, pretende darme el cambiazo. Por favor, dígame dónde está la mercancía original.

Del Río apretó los labios. El cañón de la pistola se elevó, de tal modo, que la boca del arma quedaba en línea recta con el centro de su frente. Huan-Tsu no pestañeó siquiera.

—Le concedo treinta segundos exactamente —dijo—. Pasado ese plazo, dispararé.

—Moriré, pero no sabrá dónde se encuentra la mercancía —contestó Del Río.

—Todavía está en la isla. La encontraré —afirmó el chino.

—Entonces, empiece a buscar.

El índice de Huan-Tsu se contrajo. Del Río inspiró. No se dejaría matar como un conejo. Saltaría a un lado. Huan-Tsu le heriría, pero esperaba conseguir sacar su pistola. Una vez que la tuviese en sus manos...

Huan-Tsu respingó de pronto. Del Río se dejó caer a un lado, en el momento en que sonaba un «plop» de escaso volumen sonoro. La bala se clavó en algún punto del pavimento.

Del Río forcejeó para sacar su revólver. Cuando lo hubo conseguido, apuntó al chino con el arma, disponiéndose a tirar a matar. Pero no llegó a

oprimir el gatillo, aunque le costó un gran esfuerzo contener el gesto.

¿Qué era aquello? ¿Quién había arrojado un cuchillo contra Huan-Tsu?

El mango del arma asomaba por el centro del pecho de Huan-Tsu. La pistola cayó al suelo, mientras sus manos se crispaban en torno a la empuñadura del acero. De pronto, las piernas le fallaron y se desplomó al suelo.

La puerta se abrió de golpe. Primero asomó un largo cigarro y detrás, el redondo rostro de la dueña del «Three Stars».

Kaya caminó unos pasos, situándose junto al cuerpo de Huan-Tsu, que todavía se movía con ligeros estremecimientos. De pronto, disparó su pie y le golpeó en el costado.

—¡Perro! —le apostrofó—. Creías que te ibas a llevar lindamente a mí marido, ¿eh?

Los ojos de Huan-Tsu contemplaron a la mujer con odio infinito durante unos segundos. De pronto, la luz huyó de sus pupilas, dobló la cabeza a un lado y murió.

Del Río se puso en pie.

—Gracias, Kaya —dijo—. Me ha salvado usted de un gran lío.

La mujer le dirigió una mirada llena de socarronería.

—Se me ocurrió pensar que no le gustaría a Lotta quedarse sin marido antes de haberse casado —manifestó.

—Yo creí que usted pensaba también en el suyo —dijo Del Río, de buen humor.

—Pongamos el cincuenta por ciento —contestó la mujer tranquilamente—. Bueno, Flash, saque de la caja a Durand y vuélvalo a su cama.

—¿Por qué? —preguntó él, muy extrañado.

—Huan-Tsu no debe aparecer muerto por una puñalada —Kaya se inclinó, sacó el puñal y lo limpió en las propias ropas del muerto, guardándolo acto seguido en su voluminoso seno—. Cuando encuentren su cadáver carbonizado, dirán que pereció intentando salvar su tienda del fuego que se había declarado no se sabe cómo.

Del Río asintió. Sí, aquella era la mejor solución. Evitaría muchas preguntas enojosas.

—De acuerdo —contestó—. Pero no se retrase mucho.

—Anda, vuelve al hotel pronto y tranquiliza a esa chica. Está que no vive pensando en ti. Yo me encargaré de pegar fuego al abarrote —Kaya suspiró—. Estaremos desprovistos durante una buena temporada, pero creo que la cosa merece la pena.

Del Río cargó nuevamente con el cuerpo de Durand. Cuando llegó al hotel, Lotta corrió a su encuentro.

—Todo solucionado —informó él parcamente.

—Todo, no —contradijo ella, mirándole de frente.

Del Río bajó la cabeza. Eludiendo una respuesta directa, murmuró:

—Bueno, quizá acabemos por encontrar la solución.

—No hay más que una y usted la conoce. Mi padre no se irá con usted —declaró Lotta con firme acento.

Esta vez, Del Río no contestó. Agachó la cabeza y poniendo el pie en el primer peldaño, inició la ascensión al piso superior.

EPÍLOGO

Fue un espectáculo pintoresco para los isleños, ver a los dos hombres, estrechamente abrazados, caminar hacia el embarcadero, en dirección a la goleta, tambaleándose de un modo espantoso. Durand era sostenido casi en vilo por Del Río, quien llevaba en la mano derecha una botella de ginebra, de la que tomaba frecuentes tragos, cuando hacía un descanso entre canción y canción. Ninguno de cuantos les contemplaban habría sido capaz de sospechar que el líquido contenido en la botella era agua y que la embriaguez de Durand no era otra cosa que la somnolencia provocada por las tabletas sedantes, cuyos efectos no se habían disipado del todo aún. Por descontado, los dos hombres apestaban a licor; Del Río ya se había cuidado de verter sobre sus ropas buena parte del contenido auténtico de la botella, antes de sustituirlo por agua.

Al pasar por delante de las ennegrecidas ruinas del abarrote, redobló sus canciones. La aldea estaba aún estremecida por el incendio que había despertado a todos antes del amanecer, y por la horrible noticia de la muerte de Huan-Tsu, abrasado al intentar sofocar el incendio. Huan-Tsu había conseguido hacerse muy simpático a los isleños, y al día siguiente, su entierro tendría todos los caracteres de una genuina manifestación de duelo.

El administrador Mellon se sintió muy enojado por la irrespetuosa conducta de Del Río y así se lo manifestó cinco días más tarde, cuando le despidió personalmente en la pista de aterrizaje, mientras Darrell evolucionaba con su avión para tomar tierra.

—Espero no verle más por mí isla —dijo en tono de digna severidad—. Su estancia en Raramaui ha estado señalada por el signo de los disturbios de todo género.

—Cuestión de suerte —sonrió Del Río ampliamente—. Pero volveré pronto, aunque usted no me verá. No sé por qué, me da en la nariz que pronto le van a relevar de su puesto, señor Mellon.

—Esa broma no tiene ninguna gracia —contestó el administrador. Y se marchó, despidiendo fuego por los ojos.

EÍ *jeep* estaba parado a unos metros. Bajo las amplias alas de su pamela, Lotta le miraba fijamente.

Del Río depositó su vieja maleta en el suelo y se acercó al automóvil.

—Ganaron las mujeres —dijo.

Ella le dirigió una oscura mirada.

—Por ahora. Pero pronto vendrá alguien con una orden para mí padre

—manifestó.

—¿Se refiere usted al profesor Hassewohl? —preguntó él—. Siento mucho decirle que mis pesquisas han resultado infructuosas. Hassewohl no es el hombre a quién uno de nuestros agentes retrató casualmente hace meses. Se le parece bastante, pero no lo es.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Me imagino que no está hablando en serio, Flash.

Del Río devolvió la mirada.

—¿No tiene un empleo de escribiente vacante en la S. I. C.? —preguntó—. Si lo encontrase, creo que regresaría aquí para tomar ese empleo.

El corazón de la joven latió aceleradamente.

—Como directora del puesto de Raramaui, puedo concederle las colocaciones que estime necesarias para la mejor marcha del negocio —respondió.

—Entonces, guárdeme la vacante —pidió Del Río—. Ah, y no ocupe tampoco la otra vacante que tiene reservada.

—¿A cuál se refiere usted? —preguntó ella, muy interesada.

El avión rodaba ya por la pista. Del Río contempló un momento la maniobra y luego volvió los ojos hacia Lotta.

—A la vacante de su corazón —dijo—. Quiero ocuparla yo. Para siempre. Es decir, si no hay inconveniente.

Ella emitió una sonrisa llena de luz y de esperanza.

—No, no lo habrá, Flash —aseguró.

F I N



ENVIADO ESPECIAL DE LA MUERTE

por

A. Rolcest

Al encender Dave el mechero, «Max» comprendió. Y sintió un escalofrío.

—¿Dispuesto? —preguntó el británico, manteniendo en alto la pequeña llama.

«Max» volvió a agarrar los pies de su compañero.

—¡Va!

La llamita se aproximó a un trozo de mecha que pendía del techo, cerca de donde Dave tenía la cabeza. A muy pocos pasos sonaron balas que se ahogaron en la tierra. La galería estaba en pendiente y pronto perdía la línea de tiro.

La mecha empezó a chisporrotear.

ENVIADO ESPECIAL DE LA MUERTE

una novela distinta *que usted leerá más de una vez*

ENVIADO ESPECIAL DE LA MUERTE

próximo número de esta gran Colección

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



ESO TIENE
VETERANO

VETERANO
OSBORNE

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain